

B. PETRI DAMIANI S. R. E. CARDINALIS CARMINA SACRA ET PRECES. (G)\*

1-2---I. Oración a Dios Padre.

Te ruego, inmensa piedad, Dios Padre omnipotente, que no pierdas a tu criatura creada a tu semejanza y redimida con la sangre piadosa de tu Hijo, mi Señor Jesucristo. Extiende tu mano hacia mí, Señor mi Dios, y sálvame del profundísimo pozo de mis iniquidades. Levanta al caído, libera al encadenado, ilumina al ciego, sana mis heridas causadas por mil espíritus malignos. ¡Ay de mí, miserable, ay de mí, perdido, ay de mí, digno de ser llorado con un inagotable manantial de lágrimas! Pues mientras viví bajo las leyes de mi carne más impura, nunca permití que te alegraras de mí, sino que siempre te provoqué a la amargura con los crímenes de mi vida reprochable. Pero sé, Señor, que en tu voluntad están todas las cosas, y no hay quien pueda resistir a tu voluntad (Ester XIII). Pues si decides salvarnos, inmediatamente seremos liberados. Haz brotar, Señor, de la dureza pétreo de mi corazón la abundancia de lágrimas, tú que ordenaste que de la roca del desierto brotara una copiosa corriente de agua (Éxodo XVII; Números XX; Salmo LXXVII). Señor Jesucristo, si tú eres la luz verdadera, y yo te adoro, ¿por qué permites que esté en tinieblas? ¡Ay de mí, adoro la luz y soporto las tinieblas; sirvo a la verdad y soy engañado por las ficciones de pensamientos vanos! Señor, tú que iluminaste las cavernas del infierno con los rayos de tu divinidad; tú que dissipaste las densas tinieblas de Egipto con las oraciones de tu siervo Moisés (Éxodo X); mira este caos y llena con la luz de tu visita el oscuro infierno de mi corazón, para que el autor de las tinieblas no pueda poseer en la oscuridad de su sombra el alma que tú, luz eterna, te dignaste redimir. Tú que iluminaste al ciego de nacimiento, ilumíname (Juan IX). Tú que limpiaste a los leprosos, purifícame. Tú que resucitaste a Lázaro del sepulcro, resucítame a mí, fétido por los vicios y oprimido por el peso de la costumbre perversa (Juan XI). Tú que protegiste a Daniel en el foso de los leones, sálvame (Daniel último). Tú que liberaste a los tres jóvenes del horno ardiente, libérame (Daniel III). Tú que liberaste a Israel de la opresión del faraón, libérame (Éxodo XII y XIII). Tú que liberaste a David de las manos de Goliat y Saúl, libérame (I Reyes XVI). Tú que sacaste a Pedro de la cárcel de Herodes, libérame (Hechos XII). Señor bendito, glorioso, piadosísimo, ves y eres testigo de mi conciencia, que quiero rechazar todos mis males y obedecer, como es digno, a tus santas órdenes; pero como no puedo por mí mismo, espero en ti. No encuentro en mi carne nada bueno. Y en verdad, Señor, ¿quién de los santos pudo tener virtud o santidad por sí mismo? ¿Quién por sí solo, sin ayuda, ascendió a la cumbre de la perfección? Ciertamente, Señor, ni Pedro, ni Pablo, ni mártir, ni apóstol, ni siquiera los ángeles, ni querubines ni serafines, podrían tener algún don si no lo hubieran recibido de ti.

Si, por tanto, las mismas virtudes de los cielos no tienen nada de sí mismas, sino que todo lo han recibido de ti, ¿qué bien puedes esperar de mí, que soy estéril y un gusano, polvo y ceniza, sino lo que tú mismo te dignes infundir? Tú eres el Padre de las luces, de quien procede todo don perfecto y toda dádiva buena (Santiago I). Tú eres de quien proceden todos los bienes. Tú, fuente de vida. Tú, autor de la salvación eterna. Pues así como a la tierra no se le infunde luz por sí misma, sino siempre desde el cielo; así mi alma, como tierra sin agua para ti (Salmo CXLII), permanece siempre oscura y árida, a menos que sea iluminada por el rocío de tu gracia y el rayo de tu esplendor. Y ciertamente busco en mí, Señor, algo para ofrecerte de lo mío, pero cuando reviso todos los secretos de mi corazón, no veo allí más que tinieblas, no encuentro absolutamente nada más que cardos y espinas de vicios. Mira, pues, Señor, mi miseria, mira la indigencia de tan gran pobreza, y concédeme la gracia de la compunción, que pueda limpiar la herrumbre de mi alma y lavar las tan sangrientas manchas de mis crímenes. Expulsa, Señor, este frío y torpor de mi pecho, y enciende en mí la llama de tu dulcísima caridad. ¿Acaso, Señor, la inmensa abundancia de tu piedad podrá ser vencida

por mi iniquidad, que los crímenes de todo el mundo no pudieron superar? Pues cuando casi todo el mundo estaba entregado a la idolatría, ¿quién se atrevería a rogarte que, a quien los cielos no pueden contener, visitaras las estrecheces del vientre virginal, habitaras en él, asumieras los miembros de nuestra mortalidad, soportaras los tormentos de la muerte más atroz, para liberar a tus enemigos del castigo de la muerte debida?

Si, pues, clementísimo y piadosísimo Señor, la magnitud de tu misericordia no fue vencida por los crímenes de todo el mundo, ¿los pecados de un solo perro muerto, por graves que sean, los superarán? Lejos esté esto de ti, Señor. Lejos esté de ti, que dijiste: No quiero la muerte del pecador (Ezequiel XVIII, XXXIII). ¿Qué es, entonces, lo que dices: Que hay gozo en los ángeles de Dios por un solo pecador que se arrepiente? (Lucas XV.) ¿Qué es lo que dice de ti el Profeta: Que tus misericordias están sobre todas tus obras? (Salmo CXLIV.) ¿No permitiste, Señor, que te tocara aquella mujer impura y asquerosa, que estaba manchada por el flujo de sangre? (Mateo IX; Lucas VIII.) ¿Cuyo atrevimiento no solo no condenaste en absoluto, sino que le permitiste que, con solo tocar el borde de tu vestidura, obtuviera la salvación? ¿No te dignaste, dulcísimo Señor, hablar con aquella mujer samaritana de muchos maridos? (Juan IV.) ¿O, lo que es más, no conversaste con la cananea, que adoraba ídolos? (Mateo XV.) ¿Liberaste además a su hija del demonio por las súplicas de su madre? Te ruego, Señor, que muestres esta regla de tu admirable piedad hacia mí; reaviva con estos aceites tuyos la extinguida chispa de mi infeliz alma. No busco la misericordia de Pablo, ni de Pedro, porque mientras uno pecó por ignorancia, el otro por temor, ambos obtuvieron fácilmente el perdón. Concédeme, piadosísimo Señor, ese tipo de misericordia tuya, ese cáliz de tu suavísima medicina a mi alma languideciente, o ya más bien moribunda, que ofreciste al ladrón colgado en la cruz, y lo sacaste de las fauces de la muerte devoradora (Lucas XXIII). Busco ese tipo de misericordia tuya que ofreciste a la sorprendida en adulterio (Juan VIII); que concediste a la pecadora en la casa de Simón (Lucas VII); quien, mientras secaba tus pies con sus cabellos, purificó su alma de la suciedad de los pecados. De esta manera, tráeme hacia ti, Salvador mío, enciéndeme, purifícame. Que todo mi ser se llene de tu amor, para que mi alma te bendiga, y descienda sobre mí tu misericordia. Pues para esto te envió el Padre omnipotente a la tierra, para salvar a los pecadores, tú que vives y reinas con el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

## II. Oración a Dios Hijo.

Recuerda, Señor Jesucristo, que no con oro ni plata, sino con el precio de tu propia sangre me redimiste (I Pedro I); y siendo tú la fuente abierta de la casa de David para la ablución del pecador y de la menstruante, ¿seré yo solo, Señor, excluido de tanta piedad y quedará fuera de la línea de tu redención? ¡Ay de mí, piadosísimo Señor, permitirás que con la túnica de tu regeneración, que me diste, con el estandarte de la santa cruz, que me pintaste en la frente, caiga en manos del diablo, y con tus mismos emblemas sea torturado en los fuegos eternos? Sé, Señor, que eres de tanta piedad, que si me convierto perfectamente a ti, inmediatamente me recibirás. Pero como soy de tanta fragilidad e ignorancia que esa misma conversión no puede hacerse dignamente por mí sin ti, conviérteme tú, Dios de mi salvación, ilumina mi alma, dirígeme, enciende en mí la llama de tu amor. Y quizás, justísimo y piadosísimo Señor, mis pecados son tantos, que ninguna penitencia mía es suficiente para llorarlos; he aquí mi cuerpo, por el cual te ofendí miserablemente, tú, que eres el médico de las almas, castígalo, azótalo; ya sea con lepra, o con cualquier dolor que te parezca, golpéalo duramente. Ciertamente soy tu criatura, mi creador; átame con tus azotes, y no me entregues en manos de mi enemigo; o si mi iniquidad ha llegado a tal punto que no puede ser borrada en esta vida, ordena que sea afligido por castigos vengadores hasta el día de tu juicio, para que al menos

entonces merezca ser encontrado el último de todos tus elegidos. Lejos esté de mí pedir gloria. Me basta con evitar los castigos.

Pero como mis oraciones, pronunciadas con tan sucia boca, no merecen ascender a ti, te ruego, bienaventurada Virgen María, templo del Dios vivo, aula del Rey eterno, santuario del Espíritu Santo, bendita entre las mujeres; que el campo de tu sacratísimo vientre perfume las narices de mi corazón; de ese campo, en efecto, cuando brotó aquel único y singular lirio, con él surgió toda la simiente de virtudes espirituales. Tú eres esa tierra celestial que dio su fruto. La Sabiduría celestial te tuvo como materia, de donde fabricó el templo de su cuerpo. El Espíritu Santo te llenó. La virtud del Altísimo te cubrió de manera inefable. Lleva mis oraciones a tu Hijo, tu Creador. Más bien, ora por mí, intercede tú, cuyos votos ciertamente no pueden ser despreciados, cuyas oraciones no pueden ser desestimadas en su presencia. He aquí, mi Señora, yo, infeliz, sorprendido en el crimen, soy llevado al patíbulo, arrastrado a la espada, conducido al suplicio. Que se levante, pues, la Reina del mundo, se interponga, entre al Hijo y libere al reo. Acude también tú, oh Miguel, príncipe de la milicia celestial, y tú que al final del mundo destruirás al Anticristo que se levanta contumazmente contra Dios, ya derríbalo en mi corazón, donde intenta reinar. Libera mi alma de la tentación mientras vive en el cuerpo, para que después de la muerte puedas presentarla dignamente a su Creador. Ayúdame también tú, oh B. Gabriel, unificador de las bodas celestiales; sálvame con tus oraciones, miserable pecador, tú que fuiste enviado a anunciar a aquel que vendría al mundo a liberar a los pecadores y miserables (Lucas I). Sana también tú mi alma enferma, S. Rafael, tú que quitaste el demonio de Sara, y devolviste la vista a Tobías, que había perdido (Tobías III, XI); expulsa de mi alma el espíritu maligno que intenta separar de ella a su esposo Cristo, e infunde en mi ciego corazón el resplandor de la luz. Orad por mí, todos los santos ángeles, todos los santos arcángeles, todas las santas virtudes, todos los santos poderes, todas las santas dominaciones, todos los santos principados. Ora por mí, santo coro de tronos, ora por mí, santo coro de querubines, ora por mí, santo coro de serafines. Orad por mí, todos los santos patriarcas, todos los santos profetas. Que ore por mí el senado de los apóstoles jueces. Que ore por mí el blanco coro de mártires. Que oren por mí todos los santos confesores y todas las santas vírgenes. Orad por mí, miserable y completamente perdido, mis señores, todos los santos de Dios.

¿Y qué multitud de pecados es tan cruel que no pueda ser borrada por la intercesión de tantos senadores celestiales? Pues no podéis carecer de misericordia, vosotros que estáis inseparablemente unidos a la misma fuente de misericordia. Sé, Señor, que no merezco tocar los sagrados umbrales de tu iglesia, ni levantar mis infelices ojos al cielo. Soy indigno de pronunciar tu bendito y glorioso nombre con mis labios contaminados y sucios; pero que venga, te ruego, tu Espíritu a mi alma, y limpie todas estas manchas. Pues si este sol, que no es de tus criaturas más sublimes, tiene tanto poder para borrar las manchas, iluminar la tierra, fecundar los campos; cuánto más, si tu Espíritu, coeterno y consustancial a ti, se digna visitar este infeliz arbolillo ya marchito y despojado de hojas, lo hará reverdecer de inmediato, y no será incapaz de vestirlo con las flores de las virtudes y el esplendor de los frutos florecientes. Ven, Señor Jesús, ven, dulce habitante en mí. Tu fragancia supera todos los aromas, tu dulzura trasciende los panales y todas las mieles. Ven, te ruego, y reclámame todo para ti; que el tirano no reconozca tener parte alguna de aquí en adelante, sino que me dediques por completo como tu templo, porque tú eres mi Dios y Señor, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

III. Oración a Dios Espíritu Santo.

Espíritu Santo Dios, omnipotente, consustancial y coeterno al sumo Padre y al Hijo, procedente de ambos de manera inefable, desciende dignamente a mi corazón, y expulsa las tinieblas de mi maldad, maravilloso iluminador; para que así como el Verbo de Dios pudo ser concebido en el vientre virginal por tu venida; así también yo, con la ayuda de tu gracia, pueda siempre llevar en mi mente al mismo Autor de mi salvación. Tú eres, Señor, la luz de las mentes, tú la fuerza de los corazones, tú la vida de las almas. Tú concediste a los santos apóstoles que conocieran plenamente los misterios de la redención humana y predicaran la regla de la fe con el límite inquebrantable de la verdad. Tú diste a los bienaventurados mártires la audacia de la santa libertad, para que no temieran a los príncipes del mundo y pasaran con la más constante longanimidad por los géneros de tormentos más exquisitos. Tú hablaste en los profetas, tú estableciste los fundamentos de la fe en los patriarcas. Tú diste a todos los santos el querer y el poder, y les proporcionaste las flores de todas las virtudes, con las cuales ascendieron a los cielos. Y yo, pecador infeliz, ¿cómo puedo ser salvo sin ti, que sin ti, no sé siquiera qué debo orar? En verdad, Señor, si te alejas, mi alma no vive. Pues así como el cuerpo muere cuando se le quita el alma; así, al retirarte tú, el alma misma debe extinguirse de inmediato. Siento, siento, Señor, que cuando tu vigor se acerca por gracia oculta, mi espíritu se fortalece de inmediato. Pero cuando te retiras, exigido por mis pecados, mi infeliz alma, abandonada, se marchita y cae; ni se levanta para ejercitarse en el estudio de la oración pura. Desciende, pues, en mí, vivificador eterno, y enciende con la llama de tu amor el hielo de mi pecho. Provee agua a mi cabeza, y disuelve la dureza pétreo de mi corazón; sobre este elemento, Señor, te movías antes del origen del mundo (Génesis I); y ahora descienes a las aguas vivificantes de la fuente para la purificación de las almas. Ven, pues, a mí con el agua de la compunción, y dame de beber en lágrimas en medida. ¡Ay de mí, miserable pecador, que cometo innumerables cosas que debo llorar diariamente, y sin embargo no puedo llorar! Que la lluvia de tu gracia, Señor, caiga abundantemente sobre mí, para que mi alma, que se había secado al alejarse de la fuente de vida, reviva nuevamente por el soplo de tu visita. Mi corazón está preparado, mi corazón está preparado. He aquí, Señor, abro todos los senos de mi corazón para ti, ensancho los secretos de mi pecho, y espero ansiosamente la llegada de tu dignación.

Ciertamente, el ojo de la carne tiene su luz, el sol visible; pero mi hombre interior te espera a ti, que eres la luz de las almas. Tú que iluminaste al ciego de nacimiento (Juan IX), ilumíname. Tú que resucitaste a Lázaro (Juan XI), vivifícame. ¡Ay, ay, infeliz alma, que siendo tú la vida del cuerpo, yaciendo muerta, no mereces tener al Espíritu vivificador! Muerta para ti, vives para otro; y estando en tinieblas, atribuyes luz a la sustancia exterior; pero no puedes ver, porque no tienes tu propia luz. Ven tú, te ruego, Espíritu de verdad, y expulsa poderosamente de mí todas las tinieblas de los errores. Juzga, Señor, a los que me dañan, y combate a los que me combaten; toma el escudo y la armadura, y levántate en mi ayuda (Salmo XXXIV). Tú, purificador y vivificador Espíritu, omnipotente eterno Dios, eres fuego consumidor. Tú eres el Espíritu de juicio, tú el Espíritu de ardor. Corrige, pues, mi corazón, y limpia con el poder de tu ardor toda la herrumbre de culpas y vicios, y excluye por completo de todos mis sentidos al espíritu de iniquidad enemigo tuyo. Que se levante Dios, y sean dispersados sus enemigos, y huyan de su presencia los que lo odian. Como se desvanece el humo, que se desvanezcan; como se derrite la cera ante el fuego, así perezcan los pecadores ante la presencia de Dios (Salmo LXVII). Ven, te ruego, ven, bendito Espíritu de verdad, y entra como escrutador íntimo en todas las venas de mis entrañas. Quita todo lo fermentado, todo lo vicioso, todo lo que encuentres corrompido por la peste de la antigua maldad; y hazme ázimo y puro con la pureza de tu limpieza. Devuélveme muerto para mí, vivo para ti. Mortifica en mí todos los estímulos de las voluptuosidades carnales, purifícame completamente, y no solo a los vicios, sino también al mundo, devuélveme completamente

extinguido. Ven, te ruego, Espíritu de bendición eterna, y llena todas las recámaras de mi pecho con la inefable dulzura de tu suavidad. Que mi alma se derrita a tu llegada, renovada por ti conciba la virtud celestial. Que vuelva a su origen de vigor y arda en amor por ti con entrañas encendidas. Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi interior su santo nombre (Salmo CII). Que mi alma reciba, Señor, la abundante bendición de tu gracia; y para que te ofrezca sacrificios llenos de médula, engorde con la grasa de tu inefable dulzura. Ilumínate, luz de verdad, enciéndeme, purifícame. Tú eres el dador de carismas, tú el autor de las santificaciones, y el perdón de todos los pecados. Tú inflamas incesantemente a las virtudes angélicas en tu amor; los querubines y serafines arden incomparablemente en el incendio de tu caridad. Reclámame todo para ti, Señor, poseeme completamente, y no permitas que ninguna parte de mí esté vacía de ti: sino que solo tú vivas en mí, y me hagas vivir solo para ti, que vives y glorías en la perfecta Trinidad, único y verdadero Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

#### IV. Oraciones a la santa Trinidad.

Te adoro, te venero, te glorifico, te magnifico, bendito, omnipotente, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo, Dios trino y uno. Ayúdame, Señor, absuélveme, purifícame, límpiame, mi Rey y mi Dios. Dame justicia, fortaleza, templanza y prudencia. Dame fe perfecta, esperanza y caridad. Concédeme el Espíritu de sabiduría, y entendimiento, consejo, y fortaleza, ciencia, y piedad, y temor de ti. Dame el riego inferior y el riego superior. Dame la bendición del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra. Ablanda, Señor, mi corazón de piedra. Dame compunción y contrición del corazón, para que llore mis innumerables pecados. Señor, no soy digno de entrar en tu iglesia. No soy digno de levantar mis infelices ojos al cielo, ni de pronunciar tu bendito nombre por mis labios; pero tú, que me creaste como quisiste y como sabes, ten piedad de mí, Señor, mi Dios.

#### V. Segunda oración.

Ten piedad, Señor, de todos mis amigos, y parientes, y de todos mis benefactores, y de todos los que oran por mí, y de todos los que me piden que ore por ellos. Dales penitencia fructuosa, mortifica en ellos todos los vicios, y haz que florezcan en tus virtudes. Haz que, Señor, vivan de tal manera que puedan agrandar a tu majestad con su buena conducta. Ten piedad, Dios, de los pontífices, reyes, potestades y de todo el pueblo cristiano. Santa María, ora por todos ellos. Todos los santos y santas de Dios, orad por ellos. Ten piedad, Señor, de todos mis benefactores difuntos, y de aquellos por quienes estoy obligado a orar; y absuelve a todos tus fieles, y dales parte y sociedad con tus santos. Santa Virgen María; ora por todos; todos los santos y santas de Dios, orad por todos ellos.

#### VI. Tercera oración.

Te adoro uno en trinidad, y trino en unidad, bendito, omnipotente, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo. Ten piedad de mí, miserable pecador, clementísimo, mi Dios, y ten piedad de todos tus fieles vivos y difuntos. Santa Virgen María, madre de Dios y del hombre, templo del Dios vivo, virgen antes del parto y virgen después del parto, exaltada sobre los coros de los ángeles, ora por todos nosotros. San Miguel, príncipe de la milicia celestial, San Gabriel, federador de las bodas celestiales, San Rafael, medicina de Dios, orad por nosotros. San Juan Bautista, ora por nosotros. San Pedro, que tienes las llaves del reino de los cielos, San Pablo, San Andrés, San Juan evangelista, orad por todos nosotros. San Esteban, San Apolinar, San Lorenzo, orad por todos nosotros. San Silvestre, San Martín, San Benito, venerable padre

nuestro, orad por todos nosotros. Santa Águeda, Santa Inés, Santa Cecilia, orad por todos nosotros. Todos los santos ángeles y arcángeles, tronos y dominaciones, principados, potestades, virtudes, querubines, y serafines, todos los santos patriarcas y profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, anacoretas, viudas, todos los santos y santas de Dios, orad por todos nosotros, fieles de Cristo vivos y difuntos. Padre nuestro.

#### VII. Asimismo, oraciones de la santa Trinidad.

Dios, por cuyo don confesamos la trinidad en personas, y la unidad en la sustancia divina, concede propicio que, armados con esta coraza de fe, merezcamos ser liberados de todas las adversidades. Por el Señor.

#### VIII. Otra.

Concede, te rogamos, Dios omnipotente, que quienes confesamos una esencia de la santa Trinidad; así como ahora caminamos, guiados por ti, por la fe; así alguna vez, acogidos por ti, seamos llevados a la visión. Por.

#### IX. Otra.

Dios, que nos enseñaste a creer en la trinidad sin confusión, y en la sustancia de tu majestad sin división, concede a los suplicantes, que sobre este fundamento de la fe católica se levante en nosotros la estructura de las santas virtudes. Por el Señor.

#### X. Otra.

Dios, que nos revelaste el misterio de la santa Trinidad, concede, te rogamos, que quienes ya vivimos por la fe, crezcamos por el aumento de las buenas obras. Por nuestro Señor.

#### XI. De la anunciación del Señor.

He aquí que el precursor prepara el recinto cerrado del Rey.

#### XII. De la natividad del Señor.

Nacido desde la eternidad sale del seno de la Virgen.

#### XIII. De la ofrenda del Señor.

No es contenido por los cielos, a quien Simeón estrecha en sus brazos.

#### XIV. Del bautismo del Señor.

He aquí que el río lava la fuente pura, el agua, lavando, Lávate, Jordán, por quien más bien eres lavado.

#### XV. De la transfiguración del Señor.

Aquí Dios muestra lo que encerró en el velo de la carne.

#### XVI. Donde los niños dicen Hosanna.

Las estrellas, el cielo, la tierra, temen a quien lleva la asna. Con gran voz el coro proclama hosanna a Dios.

XVII. De la cena del Señor.

Quien es la cabeza de los justos lava los pies de los discípulos. Lo que prohibió a una parte, Pedro quiere desatar para todos.

XVIII. De la patena.

Estos platos engendran el alimento de la vida eterna.

XIX. Donde Judas entrega al Señor.

El lobo feroz ofrece falsos besos al Cordero.

XX. Donde Cristo ruega al Padre.

Padre, Cristo, ruegas, con quien al mismo tiempo todo donas,

XXI. El Señor dice a sus discípulos: Velad.

A quienes el sueño oprimió, el Rey de los vigilantes ordenó levantarse.

XXII y XXIII. Oraciones del Viernes Santo en la adoración de la cruz.

... herido mirara hacia él, y el veneno mortal evitara, alcanzara la vida de la salvación deseada, significando que tú mismo en un futuro lejano serías elevado en el patíbulo de la cruz por la salvación de tu creación, para que aquellos que el diablo había capturado con las armas de la envidia, tu deseable pasión los llamara de regreso a la patria. Concede tanto a mí, miserable y pecador, como a todos los que hoy veneran suplicantes tu santa pasión y adoran el árbol de la vida, que con tu ayuda venzamos las insidias diabólicas, y merezcamos ser hechos partícipes de la vida eterna, tú que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

XXIV. En la tercera genuflexión.

Señor Jesucristo, que nos liberaste de la servidumbre diabólica por la pasión de la santa cruz en este día, para que en el mismo día en que creaste al hombre, lo reformaras, escúchame, miserable y pecador, confesando y suplicando ante este signo de tu santa cruz, para que, protegido por la tutela de este venerable y vital signo, pueda repeler los dardos encendidos del enemigo más malvado y ser sanado de las heridas infligidas, y alcanzar la vida eterna, por ti, Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas Dios por los siglos de los siglos. Amén.

XXV. De la S. cruz otras oraciones.

Mientras adoro la cruz de tu amadísimo Hijo, omnipotente Padre, que se me abra el cielo, te ruego que mi oración pueda llegar a ti, y tu misericordia descienda sobre mí. Pues esta singular ofrenda, piadosísimo Señor, ofrecida en olor de suavidad a ti, mitiga tu justicia hacia nosotros, y, como el incienso piadoso que se evapora del incensario de la sacratísima pasión, endulza las narices de las mentes humanas. Oh inenarrable víctima, que abolió la maldición antigua y nos imprimió el sello de la bendición eterna. Oh sacrificio de verdadera

reconciliación y alabanza, que eliminó las enemistades de la antigua transgresión, y reformó entre el cielo y la tierra el pacto de eterna concordia. Por este, Señor, tu insignia de virtud, rescata a mí, miserable oveja de tu rebaño, de las fauces del león sangriento, para que, vencido y contrito, no pueda triunfar sobre mí. Devuélveme a los siempre verdes y agradables pastos tuyos, no rechaces al siervo, por quien te dignaste entregar al Hijo, que contigo y con el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

#### XXVI. Oración.

Mediador entre Dios y los hombres, Señor Jesucristo, que tomaste verdadera carne de las entrañas inmaculadas de la bienaventurada María, y que por nuestra salvación ofreciste al Cordero inmaculado de tu cuerpo a Dios Padre sobre el altar de la cruz en olor de suavidad, y para que el veneno de la antigua transgresión fuera vomitado, te hiciste medicina para el género humano; absuélveme a mí, demasiado infeliz y miserable, atado por innumerables cadenas de pecados. He aquí que ante el mismo, Señor, me postro ante el estandarte de tu vivificante cruz, y suplicante adoro el nuevo e inaudito triunfo de tu victoria. Tú eres sacerdote y víctima; tú redentor y precio. Me agrada, piadosísimo Señor, como si bajo el reciente artículo de tu pasión verte colgado en el suplicio de la cruz. Me agrada recibir en mi boca la preciosísima sangre que destila. Oh bienaventurada ofrenda, que rompe las puertas del tártaro y abre la puerta del reino celestial a los fieles. Oh peso de nuestro precio equilibrado en la balanza de la cruz, por el cual el antiguo acreedor deplora el documento de nuestra deuda cortado. Te veo con los ojos interiores, mi Redentor, clavado en la cruz. Te veo herido con nuevas heridas. Te oigo decir al ladrón con clara voz: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII). Por este misterio de tu salutífera pasión y muerte imploro; por este, digo, el sacramento de nuestra redención suplico lacrimosamente. No me separes, como merezco, de la sociedad de tus elegidos, sino que en la gloria del paraíso me establezcas con el mismo bienaventurado ladrón. Tú, Señor, sella mi alma con la impresión de esta santa cruz, tú purifícame con su virtud. Por esta, reclámame completamente para tu derecho, de modo que ninguna porción del adversario pueda encontrarse en mí, para que cuando vengas al juicio, cuando esta insignia de la divina virtud resplandezca en el cielo, yo, marcado con este estigma, sea encontrado, para que configurado con el crucificado en el sufrimiento, merezca ser hecho partícipe del resucitado en la gloria, que vives y reinas con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

#### XXVII. Oración.

Si conociera que tu piedad, Dios clementísimo, tiene medida humana, yo, tan oprimido por la inmensa carga de crímenes, desesperaría por completo. Pero al ver que se inmola por mí una ofrenda tan poderosa, no considero cómo debería desesperar. Pues si aquel cordero pascual, un simple animal, pudo liberar al pueblo de Israel de la plaga de la muerte (Exod. XII); cuánto más la sacratísima sangre de aquel que es el Creador de los ángeles, podrá lavar cualquier mancha de mi alma. Tú, piadosísimo Señor Jesucristo, como especie aromática exhalas en el mortero de la pasión, para que te convirtieras en medicina para nosotros, miserables y enfermos por la enfermedad del pecado. Tú, como aquel racimo de la tierra de leche y miel (Num. XIII) fuiste pisado en el lagar de la cruz, para que nos ofrecieras el cáliz de la salvación eterna y nuestros corazones secos fueran inundados por la efusión del Espíritu Santo. Tú, Señor, por las cinco llagas de tu sacratísimo cuerpo sanaste todas las heridas que nos fueron infligidas por los cinco sentidos de nuestro cuerpo. Tú fuiste víctima de suavidad para el Padre y para nosotros hecho precio de redención. Adoro, Señor, tu cruz; adoro tu vivificante muerte. Que tu sangre, te ruego, lave las manchas de mi alma, y que el acreedor no retenga más al deudor por quien se pagó un precio tan sublime. Que este título de tu

victoria, Señor, esté siempre erguido en mi alma, para que ningún derecho reclame el antiguo invasor en tu posesión, sino que al verlo, huya de inmediato y como humo al acercarse tu Espíritu se desvanezca; para que tu herencia, que compraste con tu propia sangre, te dignes poseer por continua gracia; a quien seas por tu misericordia protector invicto y habitante constante, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.

#### XXVIII. Oración.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, damos gracias a tu inmensa piedad, que siendo en forma de Dios, por nosotros te humillaste, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Te suplicamos, Señor, que a quienes concediste tanta gracia, les otorgues verdadera indulgencia de los pecados. Conserva en nosotros las obras de tu misericordia, para que no perezcan aquellos que redimió tu diestra. Sana las enfermedades de tu pueblo y da gloria a tu nombre. También te ruego, piadosísimo Señor, que no me apartes de tu gracia, y que yo, que hasta ahora me he alejado vicioso de tu voluntad, en adelante, por tu inefable misericordia, pueda agradar felizmente a tu majestad. Aparta de mí, Señor, todo lo que es nocivo, todo lo que es inapropiado, todo lo que es vicioso, todo lo que es contrario a tu voluntad. Concédeme, Señor, que mis males aquí, mientras vivo, los lllore dignamente, y que mi penitencia sea aceptable ante ti. Dame verdadera fe, esperanza firme, caridad no fingida. Que en mí esté fija la humildad, vida sobria, verdadera ciencia, fortaleza, prudencia, justicia, templanza, curso recto, fin perfecto, con tu ayuda, nuestro Dios, que con el Padre, etc.

#### XXIX. Oración.

Señor Jesucristo Nazareno, rey de los ángeles y de todos los santos, que eras antes de los siglos en la esencia de la divinidad con Dios Padre como Hijo unigénito; pero en la plenitud de los tiempos te vaciaste tomando la forma del cuerpo servil de María virgen, hecho en semejanza de hombre y hallado en forma de hombre. Asumiendo verdaderamente al hombre en el verdadero Dios, humillado y hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, nos redimiste con tu santo y precioso sangre. Cordero inmaculado resucitando de entre los muertos, ascendiendo al cielo, sentado a la diestra de Dios Padre omnipotente. A quien adoran los ángeles, y yo, infeliz pecador, te adoro suplicante, confesando mis pecados, y suplicando que, así como me hiciste partícipe de los sacramentos de tu muerte y redención por la cruz, así por la virtud de esta sacrosanta cruz, extingas y elimines en mí todos los vicios y pecados, y contra todas las malicias espirituales y las insidias del antiguo enemigo, invocada la virtud de esta misma sacrosanta cruz, hagas eficaces las armas victoriosas; y permitas que, resurgiendo contigo en la novedad del espíritu y de la gloria, alcance las cosas que están arriba, con tus santos y elegidos colocados a tu derecha, tú mismo, Jesucristo, Dios inmortal, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por los siglos infinitos de los siglos. Amén.

#### XXX. Oración.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, gloriosísimo Creador del mundo, que siendo el esplendor de la gloria, coeterno e igual al Padre y al Espíritu Santo, te dignaste tomar carne inmaculada de la Virgen, y permitiste que tus inocentes y gloriosas palmas fueran clavadas en el patíbulo de la cruz para disipar las puertas del infierno y liberar al género humano de la muerte. Ten piedad de mí, miserable, Señor, oprimido por el grave peso de los crímenes y manchado por las inmundicias de muchas maldades. No me abandones, piadosísimo Señor, sino perdona misericordiosamente lo que impíamente he hecho, y lo que he hecho negligentemente.

Escúchame, te ruego, clementísimo y misericordiosísimo Jesús, Dios bueno y benigno, postrado ante tu adorada y gloriosísima cruz, para que en estos santos días y siempre merezca estar ante ti puro, y agradar continuamente a tus vistas, para que, liberado de todos los males, sea siempre consolado por tu ayuda, Cristo Señor, Salvador del mundo, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

XXXI. Oración.

Cristo, que por nosotros sufriste el patíbulo de la cruz y la muerte, para expulsar de nosotros el poder de la muerte, y nos liberaste con el precio de tu sangre, ten piedad de mí, humildísimo siervo tuyo, y concédeme el perdón de todos mis pecados, y a mí, postrado ante tu adorada cruz en estos santos días, y continuamente líbrame de todos los males, y misericordiosamente refórmame con tus bienes, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por los inmensos siglos de los siglos. Amén.

XXXII. Oración.

Dios, que restauraste al hombre pereciente por el árbol en algo mejor, te rogamos, que la virtud de este árbol triunfal enriquecido con tu muerte y sangre, al que con toda devoción inclinamos el cuello, mortifique en nosotros todos los vicios, y nos proteja contra todas las adversidades, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos.

XXXIII Oración.

Señor Jesucristo, que eres y eras Dios con el Padre antes de los siglos engendrado, Dios de Dios verdadero, concebido del Espíritu Santo, y nacido hombre en el fin de los siglos de la siempre Virgen María, que obedeciendo al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, nos redimiste con tu santo y precioso sangre, y destruido el imperio de la muerte, a todos los que creen en ti les abriste la entrada a la gloria celestial, a ti Dios verdadero, y mi Señor te adoro suplicante, sentado a la derecha de Dios Padre omnipotente, suplicando tu infinita e inefable misericordia, que por la virtud de este signo salutífero de nuestra redención me redimas a mí, miserable y digno de muerte pecador, de todos mis crímenes y fechorías, y me liberes de todos los males pasados, presentes y futuros, y mortifiques en mí todos los vicios de las maldades espirituales y carnales, y me hagas resurgir en la virtud de tu gracia y gloria; y que desee y busque las cosas que están arriba, celestiales, y felizmente llegue a la gloria de la bienaventuranza eterna, por tu inmensa clemencia, Señor Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que con Dios Padre y el Espíritu Santo en la unidad de la deidad todo lo creas, vivificas y gobiernas por los inmortales siglos de los siglos. Amén.

XXXIV. Letanías.

Cristo, escúchanos, III. Padre del cielo, Dios, ten piedad de nosotros. Hijo Redentor del mundo, Dios, ten piedad de nosotros. Espíritu Santo, Dios, ten piedad de nosotros. Santa Trinidad, un solo Dios, ten piedad de nosotros. Santa Madre de Dios, siempre inmaculada, virgen María, y todos los santos serafines y querubines, interceded por nosotros y por todos los fieles vivos y difuntos . . . .

XXXV. Himno de la S. cruz. En el nocturno.

Cruz, salvación del mundo perdido, vida del siglo destruido, ante la cual tiemblan los infiernos vencidos y los ejércitos del cielo se inclinan. En ti, mientras la vida muere, se rompe la cadena de la muerte, y los hijos de la verdadera luz son liberados del yugo de Egipto. El Juez de todos te coloca como trono cuando es juzgado; ya entonces separa a los cabritos de las ovejas entre los ladrones. Tú burlas al príncipe del mundo, mientras castigas al impasible, acostumbrada a ofrecer a los culpables, a quien ahora das, quita el botín. En ti se sacrifica la víctima que purga los crímenes del mundo, a ti se te confía el talento que paga la deuda de Adán. Protégenos, signo de vida, a quienes el Rey de la gloria triunfa: por ti nos lleve al reino, a quienes libera de la servidumbre. Al Padre no engendrado sea la alabanza, al Unigénito sea el honor, y al Espíritu Santo, igual en majestad suprema.

XXXVI. A las laudes.

Cruz, bendición del mundo, esperanza y redención segura, antes portadora del infierno, ahora clara puerta del cielo. En ti se eleva la hostia, quien atrajo todo hacia sí, a quien el príncipe del mundo ataca y no encuentra nada suyo. El artículo de tu ley anula el antiguo documento, la antigua servidumbre perece, la verdadera libertad se devuelve. La abundancia de tu fragancia vence a todos los aromas, la dulzura de tu néctar llena el corazón secreto. Por la cruz, Cristo, te rogamos, transfórmanos al premio de la vida, a quienes clavado en el madero del árbol, te dignaste redimir. Al Padre no engendrado sea la alabanza, al Unigénito sea el honor, y al Espíritu Santo, igual en majestad suprema.

XXXVII. Canto paracleterico de la S. cruz.

Única esperanza de los hombres, cruz, oh venerable signo, sé salvación para todos, única esperanza de los hombres. Portadora del precio que pagó las deudas del mundo, por el cual mereció ser redimido, portadora del precio. Única esperanza de los hombres, cruz, oh venerable signo, sé salvación para todos, única esperanza de los hombres. Los infiernos vencidos cedieron el botín a tus triunfos; lloran los infiernos vencidos bajo tus estandartes. Abres las estrellas a los piadosos, a quienes marcas con tu propio estigma; das descanso a los cansados, abres las estrellas a los piadosos. Única esperanza de los hombres, cruz, oh venerable signo, sé salvación para todos, única esperanza de los hombres. El documento que la cautela del árbol prohibido firmó, lo disuelves y el documento del fruto prohibido. Luz, honor, imperio, alabanza, gloria, doxa por los siglos sean para ti, Dios trino, luz, honor, imperio. Única esperanza de los hombres, cruz, oh venerable signo, sé salvación para todos, única esperanza de los hombres.

XXXVIII. De la S. cruz.

Para todos es esta única esperanza, figura temida, ved el precio colgado en la balanza, que redime al mundo y paga las deudas del primer hombre. La cruz es vida para mí, muerte para ti, enemigo.

XXXIX. También, de la S. cruz, entre dos enemigos.

He aquí la cruz de Cristo, roja con sangre reciente, esta une el cielo con la tierra, lo bajo con lo alto: esta os ordena que surja la luz del amor en vosotros, que a las disputas sucedan los besos de la paz.

XL. Ritmo pascual.

El gozo de la fiesta pascual llena el ámbito del mundo, el cielo, la tierra y los mares canten alegres canciones, y el aleluya resuene con órganos concordantes. Solo el infierno aúlle vacío de su presa arrebatada, lloren los barrotes rotos y las murallas de hierro, que el Rey de la gloria derribó con alabanza de victoria. La ley del misterio es asombrosa, un nuevo tipo de batalla, el atado libera a los encadenados, el muerto vivifica; mientras la vida es destruida, la muerte de la muerte se efectúa. La balanza de la cruz equilibra el precio del mundo, que mientras el recaudador lo exigía, perdió su antiguo derecho, intenta devorar el cebo, pero es atravesado por el anzuelo. El primer hombre compuso el documento, que Cristo después en otra tabla de madera disolvió; lo que el primer Adán escribió, el segundo lo borró. Cuando el Autor de la vida muere, el mundo muere con él; el sol cubrió sus rayos; la tierra tembló llorando; el velo del templo se rasgó, la fuerza de las rocas se partió. En breve sepulcro es encerrado, quien no cabe en el cielo. Rodeado de rica presa, con el príncipe de la muerte vencido, el poder triunfal resurge al tercer día. Devolved a Cristo, vigilantes, a quien guardasteis, soldados, o mostradlo muerto, o creed en él vivo, ¿por qué decís la verdad gratuitamente, si comprados fingís mentiras? Pronto resuena la palabra angélica a las mujeres, para que lleven estas dulces noticias a los apóstoles: Id a Galilea, allí veréis a Cristo. Ya libres de la servidumbre del rey egipcio, después del paso del mar Rojo, cantemos un nuevo cántico, liberados de las leyes de la muerte, hemos resucitado con Cristo. Celebrad, nuevo pueblo, el rito de la Pascua del Señor, con la sangre del Cordero pascual untad los postes de la casa; eliminad la vieja levadura, comed los ázimos. Con todas nuestras entrañas, Cristo, te rendimos alabanzas: tú que resucitaste de entre los muertos, ya no mueres más. Al Padre sea la alabanza y al Espíritu Santo igual en honor. Amén.

XXI. De la ascensión del Señor.

Dios descendió a lo más bajo, pero no dejó lo más alto; está allí a donde se dirige, permanece de donde vino.

XXII. Himno en la ascensión del Señor. A las laudes.

Las claras cumbres de los cielos, que las luces alegres se asombren, que penetra el Rey de la gloria con triunfo de victoria. Quien vino a morir, con la muerte vencida regresa victorioso a los nobles astros, arrebatados los despojos del infierno. Para elevar lo inclinado, vendido para redimir, despreciados los pastos errantes, lleva de vuelta a la oveja a los pastos. Ya, carne, desprecia el barro, entra cielo, tierra: pues el camino se allana para los miembros donde se ve ir la cabeza. Jesús, honor de los ángeles, dulzura, deseo, haz que también nosotros con todas nuestras entrañas te amemos, te rogamos. Danos vivir en ti, dirige nuestro corazón hacia ti, encienda nuestros pechos tu amor por los siglos.

XXIII. Donde el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles.

La llama de lenguas apostólicas encendió el senado, y germina como voz fecunda diversas lenguas.

XXIV. En la anunciación de la beatísima Virgen María. Himno. A nocturno.

Que se alegren todas las cosas terrenales, que los astros resuenen con alabanzas, ante la cámara de la Virgen alternen alabanzas de los coros. Esta Virgen, grávida del Verbo, se convierte en puerta del paraíso, que devolvió a Dios al mundo, nos abrió el cielo. Feliz esta parturienta, libre de la ley de Eva, concibió sin varón, dio a luz sin gemido. El seno de María llevó el precio del mundo, por el cual nos gloriamos de ser redimidos, liberados del yugo de

la deuda. A quien el Hijo del Padre llena, el Espíritu Santo la cubre; el cielo se convierte en las castísimas entrañas de la sagrada doncella. A ti sea la alabanza, Altísimo, que naciste de la Virgen, sea el honor al Padre inefable y al Espíritu Santo. Amén.

XLV. A las laudes.

Como la aurora resplandeciente, asciende a la cumbre del cielo, como el sol, María espléndida, como la luna hermosísima. La Reina del mundo hoy asciende al trono de la gloria, habiendo dado a luz a aquel Hijo, que es antes que el Lucero. Asumida sobre los ángeles, excede también a los arcángeles; supera todos los méritos de los santos una sola mujer. A quien había cuidado en su seno, había colocado en el pesebre, ahora ve al Rey sobre todo en la gloria del Padre. Por nosotros, Virgen de las vírgenes, pide a tu Hijo; por quien nos recibió, que nos conceda lo suyo. A ti sea la alabanza, Altísimo, que naciste de la Virgen, sea el honor al Padre inefable y al Espíritu Santo. Amén.

XLVI. En la misma anunciación de la beatísima Virgen María. A la misa, Prefacio.

Por Cristo nuestro Señor. Quien a la inmaculada Madre, llena de gracia, por el oráculo del arcángel Gabriel, en el día de hoy reveló el misterio de su venida salvadora; y quien, concebido en la flor del vientre floreciente, transformó la vieja levadura en ázimo, porque al revestirse de hombre, no contrajo las corrupciones de la naturaleza humana viciada originalmente. En efecto, se compuso una coraza de nuestra fragilidad, en la cual, exultante como un gigante, y poderoso y fuerte en la batalla, venció a las potestades aéreas. Se cubrió con el velo de la carne débil, quien era omnipotente en la majestad de la esencia eterna; y mientras unía a sí la naturaleza humana, el Verbo del Padre, en el tálamo del vientre virginal, el celestial Esposo unió a la santa Iglesia para sí, por cuyo amor no despreció las angustias del útero materno, quien no cabe en la infinita amplitud del cielo. A quien alaban los ángeles.

XLVII. En la ascunción de la santísima Virgen, Himno a vísperas.

Gozo del mundo, nueva estrella del cielo, que engendras al Sol, das a luz al Padre, da la mano a los caídos, lleva ayuda a los débiles, Virgen María. A ti, Dios te ha hecho escalera, por la cual, sosteniendo lo alto, busca lo bajo, concédenos regresar a las cumbres del cielo excelso. A ti el coro de los bienaventurados ángeles, a ti los sagrados profetas y el orden de los apóstoles te ven como la única preferida después de la Deidad. Palacio del celestial Rey, adornado con las siete columnas de la sabiduría: a quien no puede contener todo el mundo, encierras en tu seno. A quien temen los cielos, temen los abismos, las gotas de los ríos, y las tormentas del mar, el ocaso lo alaba, el oriente lo venera, lo sostienes en tus brazos. Con leche se nutre el alimento de los ángeles, se lleva en el regazo de la doncella virgen, quien con su amplio dominio pesa las tierras. Así, la gloria sin fin a Cristo supremo, a quien la santa virgen María dio a luz: quien igual al Padre, y al Espíritu Santo, reina por los siglos. Amén.

XLVIII. En honor de la santa Virgen María. Oficio en los días cotidianos. A vísperas. Himno.

Estrella, María, resplandeciente, te alaba todo el siglo, de quien al ocaso del mundo, el Sol de justicia ha nacido. Da al corazón ser arrancado de las tinieblas, da disfrutar de la verdadera luz, que ilumina la noche de la vida antigua con nuevos méritos. Por ti seamos purificados de vicios, liberados de las cadenas de la culpa; la mente, arrancadas las espinas, lleve brotes de virtudes. A ti sea la alabanza, Altísimo, que naciste de la Virgen; sea el honor al Padre inefable y al Espíritu Santo. Amén.

XLIX. Lecturas a matutino. Primera lectura.

Bienaventurada Madre de Dios, virgen María, templo del Dios vivo, palacio del Rey eterno, santuario del Espíritu Santo. Tú vara de la raíz de Jesé. Tú cedro en el Líbano. Tú rosa púrpura en Jericó. Tú ciprés en el monte Sión, que con un privilegio singular de méritos, así como no conoces igual entre los hombres, así no obstante superas la dignidad angélica. A quien con un milagro nuevo e inaudito se le concedió que el Verbo, que antes de los siglos Dios engendró, se convirtiera en tu hijo, y el hombre, que tú en el fin de los siglos engendraste, fuera verdadero y perfecto Hijo de Dios.

L. Segunda lectura.

Oh gloriosa parturienta, en quien sola se encuentra la fecunda virginidad, que así de entrañas inmaculadas diste a luz al Hijo que la integridad de la castidad intacta creció, no violó el sello de la clausura virginal. A ti el Espíritu Santo, mientras concebías, te cubrió, no para que él mismo, lo que está lejos, se convirtiera en semilla de descendencia en tu santísimo vientre, sino que usó más bien la virtud y el poder del Creador. De ti nuestro sumo pontífice tomó la hostia de su cuerpo, que en el altar de la cruz ofreció como sacrificio por la salvación de todo el mundo. Tú luz naciente de Nazaret, tú gloria de Jerusalén, tú alegría de Israel, tú honor del mundo, tú nobleza del pueblo cristiano.

LI. Tercera lectura.

Oh Reina del mundo, escalera del cielo, trono de Dios, puerta del paraíso, escucha las oraciones de los pobres, no desprecies los gemidos de los miserables. Que nuestras súplicas y suspiros sean llevados por ti ante la presencia del Redentor, para que lo que nuestros méritos excluyen, por ti obtenga lugar en los oídos de la divina piedad. Borra los pecados, relaja los crímenes, levanta a los caídos, libera a los encadenados. Por ti se corten las zarzas y los brotes de los vicios, se ofrezcan flores y ornamentos de virtudes. Aplaca con tus oraciones al Juez, a quien diste a luz con un parto singular, el Salvador, para que quien por ti se hizo partícipe de nuestra humanidad, por ti también nos haga partícipes de su divinidad. Quien con Dios Padre, y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

LII. Himno a prima.

Bienaventurada Madre de Dios, esplendor del género humano: por quien de siervos somos libres y somos hijos de la luz. Haz a tu Hijo propicio a nosotros con piadosa súplica; a quien gravemente ofendimos, hazlo manso, te rogamos. A ti sea la alabanza, Altísimo, que naciste de la Virgen; sea el honor al Padre inefable y al Espíritu Santo. Amén.

LIII. Himno a terciá.

María, honor de los hombres, trono del Rey eterno, casa edificada con siete columnas por la sabiduría. A nosotros, al Juez venidero, encomiéndanos con súplica: a los atentos a tus alabanzas, que nos vea benigno y apacible. A ti sea la alabanza, Altísimo, que naciste de la Virgen; sea el honor al Padre inefable y al Espíritu Santo. Amén.

LIV. Himno a sexta.

María, templo del Señor, madre de Dios y del hombre, entonces verdaderamente Virgen de las vírgenes, cuando diste a luz al Hijo. Concédenos llevarlo en el ardiente seno de la mente; nacido de tu carne, reine en nuestros sentidos. A ti sea la alabanza, Altísimo, que naciste de la Virgen; sea el honor al Padre inefable y al Espíritu Santo. Amén.

LV. Himno a nona.

Oh mujer singular, única Virgen parturienta, puerta gloriosa de la vida, por la cual se abren los atrios del cielo. A nosotros, de las cadenas de las culpas, libéranos con sagradas oraciones: proclamando tus méritos, transfórmanos a los premios del cielo. A ti sea la alabanza, Altísimo, que naciste de la Virgen; sea el honor al Padre inefable y al Espíritu Santo. Amén.

LVI. Himno a completas.

María, Virgen regia, descendiente de la estirpe de David, no tan noble por la herencia paterna como por la dignidad de la descendencia. Tú, que nos arrancaste del viejo, injértanos en el nuevo brote; por ti sea el género humano un real sacerdocio. A ti sea la alabanza, Altísimo, que naciste de la Virgen; sea el honor al Padre inefable y al Espíritu Santo. Amén.

LVII. Estas oraciones se digan por las horas del día.

Dios, que te dignaste enviar a tu Hijo a nosotros por medio de la Virgen, concédenos apresurarnos continuamente hacia ti, con la intercesión de la misma B. María. Por el mismo Señor.

LVIII. Otra.

Dios, que asumiste la verdad de la sustancia humana de la materia del vientre virginal, concédenos, por las oraciones de tu bienaventurada Madre, despojarnos de la degenerada vejez, para que nos revistamos de ti, Autor de la nueva generación. Quien con el Padre.

LIX. Otra.

Concédenos, te rogamos, Dios omnipotente, ser elevados por las oraciones de la B. María siempre Virgen, por cuyo inefable parto procuraste el remedio de la salvación humana. Por el Señor.

LX. Otra.

Dios, que reparas el origen de la estirpe viciada por la dignidad del vientre virginal, concede propicio, que a quienes la carga de la culpa propia agobia, la intercesión de la bienaventurada Madre de Dios los eleve. Por el Señor.

LXI. Ritmo de la S. María virgen.

Oh Madre del eterno, Virgen María, del Verbo, ¿qué voz, qué lengua de carne será igual a tu alabanza? Tú nueva estrella del mar, alta ventana del cielo, escalera que une el cielo con la tierra, lo bajo con lo alto. Concebiste al inmenso Padre, lo diste a luz, se hace Creador y criatura, creando y creado. A quien el mundo no puede llevar, todo el vientre lo concibió; a quien el éter rodea, el vientre de la doncella lo encerró. Vestido de forma de siervo, no despojado de lo divino, asumió ciertamente lo tuyo, pero no perdió lo suyo. Nace el origen de las cosas, se hace el antiguo de los días; el origen del orbe comenzó, hecho de lo que hizo. Concebido fecundó, nacido no violó, entró y salió, pero dejó cerrada. Tú eres la vara de Aarón, fecunda, aunque seca, que produjo el brote, pero permaneciste Virgen. Te prefiguró la zarza, que ardiendo no se quemaba: que sin ardor de mente diste fruto del vientre. Y antes del

parto Virgen, pero después Virgen de las vírgenes; creció en el nacimiento de la prole la integridad del pudor. El alimento de los ángeles es nutrido con tu leche; quien provee las aguas al mar, succiona gotas de los pechos. Llevas en el seno al que pesa la masa de la tierra; cuidas de quien eres cuidada, guardas de quien eres protegida. Acaricia, Madre, al querido Hijo, que te creó; fija besos gratos, ciñe sus miembros con fajas. Abraza al celestial Rey, a quien diste a luz, a quien sirven el sol y la luna, y toda criatura. Los coros de las virtudes tiemblan a quien cubren humildes pañales: el cielo y la tierra temen a quien lleva la doncella. Lloras en el seno de la madre, reina en el trono del Padre: observa la ley de la madre, gobierna las leyes del mundo. Tú fuente de la fuente viva, Oriente del oriente; el libro sellado es dado al varón vencedor. Tú puerta del templo cerrada, palacio del Rey supremo; tesoro del talento, por el cual somos redimidos. Jardín de delicias, olor de suavidades; tú campo lleno, al que Dios bendijo. De ti salió el racimo, que, prensado en el lagar de la cruz, riega con vino las mentes áridas del Espíritu Santo. Eres también tierra celestial, fértil de leche y miel: de la cual nació la Verdad que quita el dogma de los errores. La cima de la nobleza la traes de la estirpe de la prole. Hija ciertamente de reyes, pero Madre del Rey de reyes. Salve, ya Virgen fecunda, Ave, llena de gracia: digna de recibir nuestro ave, como el de Gabriel. Él, al saludarte, cambia el nombre de Eva; devuélvenos, Virgen santa, de donde cayó la malvada. Tú resuelve lo que debemos, aparta lo que tememos, obtén lo que deseamos, perfecciona lo que esperamos. Sea alabanza a la Trinidad, sea honor a la Unidad, a quien la ley y el orden de las cosas se extiende por toda la eternidad. Amén.

#### LXI. Ritmo de la misma santísima Virgen.

¿Quién es este que llama a la puerta, rompiendo el sueño de la noche? Me llama, oh la más hermosa de las vírgenes, hermana, esposa, gema esplendísimas. Rápidamente levántate, abre, dulcísima. Yo soy el Hijo del Rey supremo, el primero y el último; que del cielo vine a estas tinieblas, a liberar las almas de los cautivos; sufriendo la muerte y muchas injurias. Pronto dejé el lecho, corrí al pestillo: para que toda la casa esté abierta al amado, y mi mente vea plenamente, a quien desea ver al máximo. Pero él ya había pasado, había dejado la puerta. ¿Qué, entonces, miserable, qué haría? Llorando seguí al joven, cuyas manos formaron al hombre. Los vigilantes de la ciudad me encontraron, me despojaron, me quitaron y me dieron un manto, me cantaron un nuevo cántico, por el cual seré llevada al palacio del Rey. Amén.

#### LXIII. Ritmo sobre la salutación angélica.

Ave, hija de David, santa nacida en el mundo, virgen prudente, sobria, desposada con José, dada como ejemplo para la salvación de todos, ya probada como consorte de los ciudadanos celestiales. María, por ti se termina la miseria y por ti se revoca la misericordia; por ti se da la estrella del mar a los navegantes, se abre la luz del camino, se muestra el puerto. La gracia te hizo grata a todos, te vistió de lirio, te esparció en rosa, te hizo hermosa con las flores de las virtudes, interior y exteriormente toda luminosa. Llena de medicina, abundas en ungüentos, limpia las manchas de los crímenes, sana la herida de la mente de este tu suplicante, que confía en ti, y de estos sagrados ritmos que ante ti cantan. El Señor, Rey de todos, de ti se hizo para sí una celda de especias, que prefirió a todos: en la cual el Salvador preparó maravillosas especias, con las cuales dulcemente alimentó a los elegidos. Contigo toda la Trinidad hace su morada, el Padre, el Verbo, el Espíritu fijó su asiento; por lo cual ahora más abundantemente te ofreces a la devoción como lectura para los fieles. Bendita, bendice a los que te bendicen, haz que en tus alabanzas sean progresivos; infunde dulzura en las mentes de los tuyos, para que en buenas obras siempre sean fervientes. Tú, entre las mujeres, la mejor figura, que eres la Madre del Rey de la gloria, Virgen pura, por lo cual eres probada más

digna que toda criatura, esto actuando el Señor con singular cuidado. Y bendito sea Dios, que creó todas las cosas, que en el vientre de la madre te santificó; bendito el Hijo, a quien tu vientre virginal llevó, a quien él mismo formó. Tu fruto, señora, es el fruto de los cielos, con el cual se alimentan los ángeles y el coro de los santos: la meditación de Cristo es su alimento, quienes caminan por el camino de sus mandamientos. El Rey de reyes entró en la morada de tu vientre, cuyo tabernáculo se dedicó a sí mismo: allí colocó la espada, con la cual derribó al enemigo, y el maná dulcísimo, con el cual alimentó a los fieles. El sabor de tu brote es nuestro consuelo: por ti tomamos el sorbo de la vida eterna, que nos dé el Señor por tu ayuda, quien vive por los siglos de los siglos. Amén.

LXIV. A la misma santísima Virgen. Versos contra el tiempo nublado.

Oh misericordiosa, oh señora, ordena con tu palabra, para que no seamos devastados, ni apedreados por el golpe del granizo. Tienes el lado del pontificado, madre desde la eternidad; por eso te rogamos, para que no muramos en la tormenta feroz. Calma lo turbulento, y danos el uso del tiempo sereno: devuelve la estrella serena, agradable, oculta por la nube. Virgen, te rogamos, para que no perezamos por la peste, o la ira; que se disipen los truenos terribles, y cesen los relámpagos terribles.

LXV. Canto paracleterico de la misma santísima Virgen.

Escalera y trono de Dios, esplendor del orbe, puerta del cielo, Madre, salve de Cristo, escalera y trono de Dios; tú nueva estrella del mar, por la cual la luz es devuelta a las tierras, naciste del sol, tú nueva estrella del mar. Concibes sin varón, tú sola Virgen parturienta, que concibes al Verbo con el verbo sin varón. Lo que temen los infiernos, la tierra teme, las estrellas temen, lo llevan las entrañas del pecho, lo que temen los infiernos. La vida vuelve al hombre por la Virgen, a quien la virgen destruyó; la muerte vencida por la muerte perece, la vida vuelve al hombre por la Virgen. Levántanos sobre las estrellas, te pedimos, lo que Eva derribó; ella pesa con culpa, tú levántanos sobre las estrellas. Gloria suprema al Padre, gloria sea al Hijo engendrado, con el Espíritu igual, gloria suprema al Padre. Amén.

LXVI. Misa de S. Daniel profeta. Oración.

Dios, que revelaste a los antiguos padres el misterio de la nueva gracia, concede, te rogamos, que tu Iglesia sea sostenida por los auxilios de Daniel, cuyas proféticas doctrinas la edificaron. Por el Señor.

LXVII. Otra oración.

Dios, que por los padres de ambos Testamentos constituyes los fundamentos de tu única Iglesia, concédenos ser protegidos por el patrocinio del B. Daniel, cuyas místicas revelaciones nos instruyeron saludablemente. Por el Señor.

LXVIII. Secreta.

Dios, que liberaste a Susana por el juicio del B. Daniel, mira propicio estas ofrendas, y por sus venerables oraciones defiéndenos de toda adversidad. Por el Señor.

LXIX. Postcomunióón.

Dios, que por medio del profeta Habacuc enviaste alimento al B. Daniel, concédenos, por su intercesión, que lo que hemos recibido de la mesa celestial lo conservemos con mentes sinceras e intactas. Por el Señor.

LXX. De S. Juan Bautista.

La voz siente al Verbo en el vientre materno.

LXXI. De S. Pedro apóstol.

Rechaza la nave del mar, Pedro, recibe la llave del cielo; despreciando las olas, devuélveme al puerto de la tranquilidad.

LXXII. Himno de S. Pedro apóstol.

Príncipe del senado apostólico y heraldo del Señor, primer pastor de los fieles, custodia el rebaño confiado. A través de los verdes pastos, renuévanos con el fruto de la palabra: las ovejas restauradas, guíalas al redil celestial. Las llaves de la puerta suprema te han sido entregadas, Pedro, y a tus leyes se abren las terrenales con las celestiales. Tú, roca de la verdadera fe, tú, base del edificio, fundas, en la cual se levanta firme la Iglesia católica. Tu sombra, mientras caminas, se convierte en medicina para los enfermos; usando los tejidos de las vestiduras, Tabita desprecia el féretro. La virtud angélica desata las cadenas del prisionero, con el vestido y las sandalias puestas, se abren las puertas de la cárcel. Alabado sea el Padre no engendrado, sea la gloria del Unigénito, sea la majestad suprema del Espíritu en igualdad de ambos. Amén.

LXXIII. De S. Pablo apóstol.

Pablo riega el mundo entero con lluvias melifluas.

LXXIV. Himno de S. Pablo apóstol.

Pablo, doctor insigne, trompeta resonante de la Iglesia, nube voladora y trueno por el amplio círculo del mundo. Haz resonar poderosamente para nosotros y riega los campos del corazón; que con la lluvia celestial de la gracia reverdezcan las mentes áridas. ¡Oh gran mérito de Pablo, asciende al tercer cielo, escucha las palabras del misterio, que no se atreve a pronunciar! Mientras esparce las semillas del Verbo, surge una cosecha abundante; así se llena el granero del cielo con los frutos de las buenas obras. Como una lámpara brillante, inunda el mundo con sus rayos, disipa las tinieblas de los errores, para que reine solo la verdad. Alabado sea el Padre no engendrado, sea la gloria del Unigénito, sea la majestad suprema del Espíritu en igualdad de ambos. Amén.

LXXV. Himno de S. Andrés apóstol.

Cazador de peces en otro tiempo, ahora pescador de hombres, Andrés, con tus redes arrástranos de las olas del mundo. Hermano de Pedro en cuerpo, no diferente en el orden de la muerte: los que una carne engendró, la cruz los hizo hermanos en el cielo. ¡Oh germen verdaderamente noble! ¡Oh par de la corona de gloria! Padres piadosos de la Iglesia, igualmente son hijos de la cruz. Precursor de Jesús para el hermano, guía valiente de la vida, y para nosotros, miserables, sé el guía del camino bendito. Alabado sea el Padre no engendrado, sea la gloria del Unigénito, sea la majestad suprema del Espíritu en igualdad de ambos. Amén.

#### LXXVI. División.

Se celebra la fiesta de Andrés, surge una luz clara para los piadosos, por quien abandonan las tinieblas y regresan a la verdadera luz. Aegeas se enfurece con el apóstol con espíritu amenazante: por quien ve al pueblo de Acaya seguir al Señor. No sabe temer las amenazas, no puede ceder a los tormentos, el ardor de la fe ardiente no siente la fuerza del suplicio. Atado al patíbulo de la cruz, colgaba alegre durante dos días: en la misma muerte, elocuencia de vida mana. Al descender la luz celestial, de repente lo rodea, quien así mereció morir buscó al Autor de la luz. Alabado sea el Padre no engendrado, sea la gloria del Unigénito, sea la majestad suprema del Espíritu en igualdad de ambos. Amén.

#### LXXVII. Himno de S. Juan apóstol y evangelista. A las vísperas.

Virgen, custodio venerable de la Virgen, gran logoteta del Verbo eterno, borra el pecado de tus siervos, San Juan. Dejas de repente al padre de la carne, y así sigues al Padre celestial, despreciando los peces, se te ordena encerrar a la multitud de hombres. Fuente que brota de un río perenne, corres como saciador del mundo sediento, bebiste del pecho pleno lo que ahora ofreces. Tú, gloria del mundo, resplandor del cielo, obtén para nosotros el perdón de nuestras ruinas: concede penetrar el sacramento supremo, que enseñaste. Contemplando el Verbo, misterio del Padre, quitas el error de la fe por el mundo, transfórmanos, buen guía, para disfrutar de la eterna visión. Alabado sea el Padre, y al Hijo igual, una majestad, el mismo poder, con los cuales el Espíritu Santo llena todo el orbe. Amén.

#### LXXVIII. A nocturno.

El pueblo fiel con los ángeles aplauda con gozo festivo, la Natividad del Señor se encuentra con la alabanza del apóstol. Este, amado sobre los demás, tuvo el privilegio del amor ante el Maestro por su mérito virginal. Bebió del pecho de Cristo los manantiales de sabiduría: de aquí riega los campos del corazón, y resuena la Palabra del Padre. En la cruz, el Señor le encomienda a su Madre, la Virgen se convierte en madre del virgen, a quien cuida en lugar de hijo. A ti, senador del cielo, te pedimos con corazones inclinados, concede ver el rostro del Verbo, en quien enseñas a creer. Alabado sea el Padre no engendrado, sea la gloria del Unigénito, sea la majestad suprema del Espíritu en igualdad de ambos. Amén.

#### LXXIX. A las laudes.

La Iglesia santa proclame los grandes méritos de Juan, que disipa las tinieblas e irradia con las palabras de vida. Su corazón en las alturas el Espíritu Santo suspende, para que vea los altos misterios que profundamente yacen ocultos. Y aquella feliz águila vuela ávida hacia el alimento, que nutre a los ciudadanos del cielo y nos recrea en el camino. En el coro de tantos miles, tiene el primado de las vírgenes; así sigue al Cordero, como inseparable de la madre. Alabado sea el Padre no engendrado, sea la gloria del Unigénito, sea la majestad suprema del Espíritu en igualdad de ambos. Amén.

#### LXXX. Misa en la fiesta de S. Bartolomé apóstol. Oración.

Dios, que quisiste que tu Iglesia se mantuviera sobre los fundamentos apostólicos, concédenos, te rogamos, por las oraciones del B. Bartolomé, perseverar en la fe recta y abundar siempre en obras piadosas. Por el Señor.

#### LXXXI.

Por las oraciones del B. Bartolomé, tu apóstol, Señor, te rogamos, haz que esta ofrenda presentada se convierta para nosotros en sacramento vital. Por.

LXXXII.

Te rogamos, Dios omnipotente, que el don celestial que hemos recibido, por la intercesión del B. Bartolomé, tu apóstol, no nos sirva para juicio, sino para el aumento de la salvación eterna. Por.

LXXXIII.

Concede, te rogamos, a tu Iglesia, Dios misericordioso, que, edificada por las doctrinas del B. Bartolomé, tu apóstol, sea también protegida por sus continuos auxilios. Por el Señor.

LXXXIV.

Concede, te rogamos, Dios omnipotente, que tu Iglesia se regocije sostenida por los auxilios del B. Bartolomé, tu apóstol, de quien también se instruye con magníficos ejemplos. Por.

LXXXV.

Te rogamos, Dios omnipotente, que nunca nos falte la ayuda del B. Bartolomé, tu apóstol, cuyo venerable triunfo no cesamos de honrar diariamente. Por.

LXXXVI. Misa en la traslación de S. Mateo apóstol. Oración.

Dios, por cuyo designio se disponen los cuerpos de los santos en diversos lugares de la tierra, concede, te rogamos, que quienes celebramos la traslación del B. Mateo, tu apóstol, también seamos trasladados de nuestra perversidad a la rectitud de vida piadosa. Por.

LXXXVII.

Esta ofrenda, te rogamos, Señor, absuelva las cadenas de nuestra culpa, y por la intercesión del B. Mateo, tu apóstol, nos adquiera el don de la gracia celestial. Por.

LXXXVIII.

Concede, te rogamos, Dios omnipotente, que quienes hemos recibido los dones celestiales, por la intercesión del B. Mateo, tu apóstol, seamos provocados por ellos al hambre de la eterna refección. Por.

LXXXIX. Misa de S. Bernabé apóstol. Oración.

Dios, que asociaste al B. Bernabé con tus apóstoles en la predicación, concédenos, te rogamos, llegar a su compañía, cuyo glorioso triunfo nos alegramos de celebrar. Por.

XC.

Santifica, te rogamos, Señor, las ofrendas presentadas con tu bendición, para que, por tu don, nos encienda la llama de tu amor, por la cual el B. Bernabé venció todos los tormentos de su cuerpo. Por.

#### XCI. Postcomuni3n.

Recreados con los manjares de la mesa celestial, te rogamos, Dios omnipotente, que, por la intercesi3n del B. Bernab3, tu ap3stol, lo que hemos recibido con la boca lo conservemos con mente sincera. Por.

#### XCII. Oraci3n a las v3speras.

Dios, que concediste al B. Bernab3, tu ap3stol, el refrigerio de la gloria celestial despu3s de los incendios de la carne quemada, reprime en nosotros, te rogamos, los ardores de las pasiones carnales, y perfunde nuestros corazones con el roc3o de tu gracia. Por.

#### XCIII. Versos sobre los hechos de los ap3stoles.

Este cuerpo contiene a Cristo, a quienes los ojos revelan ser igualmente la sal sagrada del mundo de Dios. Todos los falsos 3dolos, por quienes la Iglesia resplandece, yacen derribados. El Se3or eligi3 para el mundo a quienes el Creador conoci3 de antemano como descendencia de Dios. El Esp3ritu Santo llen3 sus piadosos corazones, dando a sus diversas lenguas el poder de proclamar las alturas de Dios. Les concedi3 el poder de trasladar montañas, de atar y desatar en la tierra, y con piedad en los cielos. Por el mandato de estos, los demonios feroces huyen, los cuerpos de los muertos reviven. A estos corazones sagrados les dio la capacidad de ver los secretos del coraz3n, y de realizar maravillas por el poder de Dios. Los cielos, los profetas y las nubes voladoras los llaman, quienes riegan los corazones 3ridos con la doctrina santa. Expulsan diversas enfermedades con solo la palabra del cuerpo; pero las almas, por la ayuda de la piedad. Lector prudente, lee bien las palmas apost3licas, no dudes en creer lo que sostiene la santa fe. Quien descuida estos l3mites, no sabe c3mo poseen los reinos celestiales bienaventurados. El grupo apost3lico, siguiendo los preceptos del Se3or, brilla en el mundo por la doctrina de la fe. Este c3dice retiene a los bienaventurados Pedro y Pablo, y a los dos Jacobos, Bartolom3 y Tom3s, al santo Andr3s, Sim3n, Tadeo y Felipe, a los cuatro evangelistas y pr3ncipes, a Mat3as, igualmente a Bernab3, vasos reales. Estos brillantes piedras resplandecen en el emblema de Cristo, a quienes se puede venerar en los climas del mundo. Una fe los sostuvo, a quienes ahora sostiene la corona santa, una gloria siempre tiene en Cristo. El honor de los m3rtires, la bienaventuranza de los confesores, de estos comienzan, y la pureza virginal. Todos los cristianos celebren siempre a estos patronos en tiempo solemne, con voz cantando a Dios. Con quienes el Juez venidero en el umbral del siglo dar3 lo alegre a los buenos, lo triste a los malos, el Se3or omnipotente nos conceda disfrutar de la compa3a de todos los santos en la luz eterna.

#### XCIV. De donde arriba.

Ven, Esp3ritu Santo, sopla sobre nuestro dindyma, a nuestro deseo, ven, Esp3ritu Santo. Que pueda elevar dignamente los templos dedicados a ti, exalte con alabanzas los templos dedicados a ti. Que sin fin sostienen las altas alegr3as de los cielos, la gloria con m3ritos que sin fin sostienen. Los profetas, con raz3n, proclaman la descendencia de Dios, el apost3lico proclama la descendencia de Dios. Este, nacido de la Virgen, purg3 los cr3menes del mundo, destruy3 el infierno, nacido de la Virgen. El Se3or restaura maravillosamente las p3rdidas del cielo, con su sangre restituye las p3rdidas del cielo. El Rey piadoso orden3 sumergir a los piadosos en las aguas; los llev3 a las alturas del cielo, el Rey piadoso. El Sembrador acumul3 peque3os granos con abundantes frutos, dio centuplicar los peque3os granos el Sembrador. Los corazones feroces brillan con la palabra de los santos, a trav3s de diversas flores los corazones feroces brillan. Lirios mezclados con rosas y violetas arden, los santos lirios brillan

mezclados con rosas. Cristo dispensa los reinos dorados del cielo en todas partes, los discípulos reciben los reinos dorados del cielo. La fe santa, en primer lugar, se manifiesta más claramente por Pedro, su fragancia brilla, la fe santa en primer lugar. Roma bienaventurada, brillas, del cuerpo santo de Pedro, también con su doctrina, Roma bienaventurada, brillas. Llevó grandes trofeos de la cruz por Cristo, se va hacia la cima, grandes trofeos de la cruz. Pablo, poderoso, resplandece en todas partes, actor admirable, decapitado, resplandece, poderoso en todas partes. Oh, venerable en extremo por la gloria de Pedro y Pablo, Roma, a quienes retienes, oh, venerable en extremo. Haciendo obras de salvación, Santiago es asesinado por todo, descansando en Galicia, haciendo obras de salvación. Adorando ídolos ciegos, Armenia también se convierte a Cristo, adorando ídolos ciegos. Desollado, brillas en el mundo, Bartolomé, decapitado, desollado, brillas. Cantando las mejores gestas, Macedonia, Mateo, en Persia sufrió, cantando las mejores gestas. En la cruz, Pedro, tu hermano predica al mundo, salvando Acaya en la cruz, Pedro, tu hermano. Simón, crucificado, salva a Salens con su palabra, también salva a Egipto, Simón. Tadeo, ardiente, llevó a muchos miles de hombres, Ponto y Armenia, muchos miles de hombres. Tomás, traspasado, llevó muchas doctrinas al mundo, a los persas y medos, llevó muchas doctrinas. Elevándose sobre las estrellas, Juan purgó el cisma, a quien retiene Éfeso, elevándose sobre las estrellas. Tocado por el amor de Dios, Felipe es lapidado, cuando convierte a los galos, tocado por el amor de Dios. Santiago, he aquí que brillas, santísimo hermano del Señor, precipitado, te vas, Santiago, he aquí que brillas. Entre los apóstoles, eres contado por suerte, Matías, salvando Judea entre los apóstoles. Ardiendo en el fuego de Dios, Bernabé condena las doctrinas, y mientras muere quemado, arde en el fuego de Dios. ¡Cuán espléndidamente brillas, Alejandría, con la sangre de Marcos, también Constantinopla, cuán espléndidamente brillas! Resplandeciendo, brilla Bitinia, Lucas, también la ciudad real resplandece. El siervo dio pequeños poemas como ofrenda suplicante, pequeño, inerte, débil, dio pequeños poemas. Divinidad, recibe dignamente la ofrenda apostólica, votos y oraciones piadosas, Divinidad, apostólica.

XCV. Ritmo de S. Vicente mártir.

Cielo, tierra, mar, éter, igualmente los elementos, todos proclamen el triunfo de la gloria del Rey supremo. Que por el robusto guerrero, pronto vencedor, aplastó la rabia del rugiente león, Vicente. Él, ciertamente, despreció la ira del juez Daciano, las amenazas feroces y la furia, como susurros de mosquito: cadenas, azotes, oscuridades carcelarias, las mismas heridas son vulneradas: se añaden muertes a las muertes; pero la casa fijada sobre la firme roca no puede ser derribada por la fuerza de los vientos o las llamas. El cuerpo macerado por el hambre se ve como si estuviera nutrido con suntuosos banquetes y alimentos reales. El alimento de los ángeles, en efecto, alimenta el vientre de la mente que busca, que no tiene sed de nada más que de Dios, ni hambre. La bestia cruel se enfurece, se enfurece, pronto hierve, frunce el ceño, mueve todos los géneros de tormentos: hierro, fuego, tejas, potro, tuerce, quema, y las articulaciones de los miembros divide; el furor ciego imprime el cauterio de las láminas encendidas en los miembros cortados. El soldado de Cristo aplasta las fuerzas con las fuerzas del corazón, y con el fuego del amor extingue los fuegos de la carne, lleno del Espíritu Santo. Golpeado con azotes, perforado con heridas, se regocija, teme a los torturadores perezosos, solo teme la ligereza de los verdugos. Las batallas rugen, los enemigos caen, esta es la ley de la victoria; surge la lucha, crece la palma, y la gloria de la corona. El triunfador de Cristo, glorioso, entra en la corte del cielo, vestido de púrpura, acompañado por el resplandeciente coro de ángeles, modulando dulce canto. Pronto su cuerpo es arrojado a los amplios campos, sin sepultura, los perros temen, las aves tiemblan de acercarse. Ciudadanos, el campo lleva un noble tesoro: no pueden los ladrones, ni los

bandidos, para ocultarlo, desenterrarlo. Pues el insensato Daciano, como un hereje, lo encierra en un calabozo parricida, y ordena que sea arrojado a las olas del mar: el mar no puede contener el sagrado peso, sino que es llevado a la orilla, guiado celestialmente, y supera a los rápidos remeros. Ahora, sereno cielo victorioso, oh bienaventurado coronado, después del triunfo, mártir invictísimo. En la luz del reino eterno, radiante piedra viva, estrella brillante con los ardientes coros de ángeles. Después del sudor y el trabajo, después de la carrera completada, el justo Rey concede el premio prometido. Vestido con la estola blanquísima, el ardor del sol, el resplandor de la luna, ceden a tu claridad; todo es superado, lo que ofrece un espectáculo admirable en este mundo. Gobernador del cielo, Hijo de Dios, te pedimos, levanta a los sumergidos, desata a los atados, por los méritos del gran santo Vicente. Tú, a quienes muchas culpas oprimen, levanta, fija nuestros corazones hacia arriba, para que no amen nada más que lo celestial. Da, en los últimos momentos terrenales, escalar las alturas del cielo, a quienes, compadecido, redimiste con tu preciosa sangre, que por siempre ordenas las leyes de las cosas. Rey inmenso y eterno, cuyo mandato tiemblan todas las cosas creadas, que con el Padre y el Espíritu Santo reinas por los siglos infinitos. Amén.

XCVI. De S. Vital mártir. Himno a las laudes.

Insigne honor de los mártires, estrella dorada de Vital, por la gloria del combate, inunda la ciudad con sus rayos. Ceñido con la espada de la fe, acude en ayuda del soldado de Cristo: mientras extiende la mano al caído, enseña a pisotear al enemigo. Es suspendido en el potro, pero el suplicio se desprecia, el ardor del amor íntimo no siente la fuerza del suplicio. Enterrado en la tierra, es elevado sobre las estrellas: sepultado bajo escombros, resplandece en los cielos. Mártir invictísimo, concédenos, después de la ruina, vencer, y dignamente, después de la victoria, trasladarnos a la gloria del cielo. Alabado sea el Padre no engendrado, sea la gloria del Unigénito, sea la majestad suprema del Espíritu en igualdad de ambos. Amén.

XCVII. En la festividad de S. Antimo. Himno.

Insigne honor de los mártires, nuestra alabanza proclame a Antimo, cuya victoria testifican todos los elementos. Pisa las furias de los príncipes, se burla de las manos de los verdugos, la fuerza de la fe fundada no es sacudida por la fuerza del suplicio. Después de las custodias de las cárceles, después de las victorias de los azotes, atado a una piedra es suspendido y así es arrojado a las olas. Pero ¡oh feliz naufragio! Pronto ve al ángel resplandeciente, de inmediato suelta el vínculo, regresa libre al albergue. Decapitado, pereció, pero victorioso alcanzó las estrellas; mientras soporta la atrocidad de la muerte, adquiere la gloria de la vida. Con grandes alabanzas de votos es digno el mártir Antimo, quien brilló con signos y prodigios tan maravillosos. Este liberó la carne y el alma enferma de Piniano de todos los lazos de las enfermedades con oraciones sagradas. Un hombre es atormentado por la furia del demonio en heridas; el enemigo de la paz es expulsado, así la mente es devuelta a la paz. A ti, mártir amable, te pedimos con voces del corazón y de la boca, que nos encomiendes al temible Juez con súplica. Alabado sea el Padre no engendrado, sea la gloria del Unigénito, sea la majestad suprema del Espíritu en igualdad de ambos. Amén.

XCVIII. En la solemnidad de S. Ursicino. Himno.

El dulce mártir Ursicino ofrece una fiesta, en la que vencido se convirtió en vencedor, y glorioso alcanzó las estrellas. Pues después de las horribles penas, la debilidad de la carne teme, pero pronto vuelve al corazón, y alegre se golpea: el ladrón digno se sonrojó cuando sucumbió, y perdió al enemigo caído, quien de pie le infligió la herida. Y nosotros, en medio

de las luchas, mártir insigne, ayúdanos; concede a los disidentes confiar y a los vencidos volver a vencer. Así, médico de las almas, ofrece ayuda a los enfermos; con el sorbo de la gracia celestial, las almas enfermas son curadas. Alabado sea el Padre no engendrado, sea la gloria del Unigénito, sea la majestad suprema del Espíritu en igualdad de ambos. Amén.

XCIX. Misa de los siete santos durmientes. Oración.

Dios, que en tus bienaventurados mártires Maximiano, Malco, Martiniano, Dionisio, Juan, Serapión y Constantino, suscitaste las primicias de la futura resurrección, concédenos descansar de la perturbación del mundo, para que merezcamos despertar a la vida celestial del polvo de la tierra. Por.

C.

Santifica, te rogamos, Señor, las ofrendas de tu pueblo por la intercesión de tus bienaventurados mártires, y también límpianos clementemente de las manchas de los pecados. Por.

CI.

Recreados con los manjares de la mesa celestial, te rogamos, Dios omnipotente, que no permitas que seamos engañados por errores, a quienes has confirmado en la gloriosa resurrección de los siete mártires. Por.

CII. De S. Apolinar obispo y mártir. A las vísperas. Responsorio.

Dijo el B. Pedro apóstol a su discípulo Apolinar: Eia. Vers. Levántate. Vers. Pues has sido instruido en todo lo que hizo Jesús. Y ve. Vers. Pues una multitud de gente mora allí. Predica. Vers. Pues consta en ti que verdaderamente es el Hijo de Dios. Y no temas. Vers. Hoy el espléndido mártir Apolinar, victorioso, penetró el cielo; los compañeros, gozosos, canten: Eia.

CIII. Himno a las vísperas.

Cónsul del reino eterno, te pedimos con mente devota, trabaja para abrir la corte del cielo al pueblo, Apolinar. Que el piadoso portero de este Olimpo supremo conceda esto a los siervos de tan gran alumno, quienes se alegran de resonar tus alabanzas con dulces himnos. A Ravena, oprimida por las tinieblas internas y anhelando los vanos sacrificios de los demonios, llegas resplandeciente desde las costas orientales, entrando como lucero. El niño ciego de Ireneo te prueba como estrella resplandeciente, quien abre al padre del corazón y al hijo de la frente las luces. Ninguna medicina puede curar a la enferma Tecla, ni el número de dioses profanos; tú haces que el corazón se eleve al cielo, y alegre levante el rostro. La boca de la ciudadana de Classe, alegre, advierte, liberada por el poder de la lengua sagrada, las palabras del Verbo eterno del Padre confiesan. A la niña muerta, devuelta a la vida doblemente, devuelves a ambas a la vida con misericordia; el aliento llena la carne, Dios llena la mente de inmediato. Demos gloria al Padre, quien concede tanto a los ministros dignos, sea el honor al Hijo, y al Espíritu Santo por siempre. Amén.

CIV. A nocturno.

El coro de los cielos exulte, la multitud de los fieles aplauda, la pasión de Apolinar sea la exaltación del mundo: con la muerte de la carne perece. Despojado del cuerpo santo, se viste

con la estola de gloria, se despoja del calabozo de la carne, asciende al palacio del cielo. Exulta ahora, metrópoli de Ravena verdaderamente noble: lo que Roma tiene en el portador de la llave, tú lo tienes en el discípulo. A ti, sumo prelado, te pedimos con voces del corazón y de la boca, que nos encomiendes al Juez venidero con súplica. Gloria sea al Padre no engendrado, y al Unigénito, al Espíritu Santo igualmente, Dios indivisible. Amén.

CV. En el natalicio de S. Apolinar. Misa. Introito.

Levántate, recibe el Espíritu Santo, y también el pontificado, y ve a la ciudad llamada Ravena; predica en su nombre de Jesús, y no temas. Salmo. Que el Señor Jesucristo envíe su ángel que prepare tu camino, y lo que pidas te lo conceda.

CVI-CVII. Oración.

Dios, que quisiste instruirnos con las enseñanzas apostólicas del B. Apolinar, mártir y pontífice tuyo, concédenos, te rogamos, guardar lo que enseñó y alcanzar lo que prometió. Por.

CVIII.

Dios, que recibiste al B. Apolinar, puesto sobre brasas por la confesión de tu nombre, como ofrenda de suavidad, concédenos, te rogamos, ofrecerte siempre el incienso de la devoción piadosa y sacrificar las ofrendas de un corazón contrito. Por.

Que el Señor nuestro envíe a su ángel, quien prepare tu camino, y conceda lo que has pedido. 36 Vers. Poniendo Pedro la mano sobre la cabeza del B. Apolinar, le dijo: Aleluya.

CX.

Suplicamos humildemente, Cristo, gloria del Padre, luz verdadera del mundo, extiende tu mano derecha a tus siervos caídos, para que puedan resistir las luchas del astuto enemigo, con tu clemencia favoreciéndonos. Vers. Dios, que obras con Pedro, mi maestro, obra también conmigo, para que tu nombre sea glorificado.

CXI.

Que los ejércitos proclamen con voces alegres las nobles alabanzas celestiales del mártir Apolinar.

Y que todos los rincones del mundo resuenen con la dulce melodía de los himnos.

Que Antioquía, cuna de tan ilustre ciudadano, exulte con razón.

Que Ravena, feliz, aplauda especialmente, purpurada con su sagrada sangre.

¡Oh nueva virtud, que no conoce derrota; oh torre de David invencible, que considera nada todos los géneros de tormentos!

Riendo de las profundas heridas, despreciando las duras marcas de los azotes, el agua refresca sus miembros ardientes en las llamas.

Llevando las tinieblas de la cárcel, soportando largos exilios, también sufrió la escasez del hambre, soportó las suspensiones del potro.

Pronto las cadenas sagradas atan sus brazos, no teme romper su rostro con la piedra rabiosa de la locura del verdugo.

Abriendo las puertas del infierno, resucitó a la hija sin vida de un patricio.

¿Quién puede contar cuántos ojos de ciegos, cuántos cuerpos enfermos restauró divinamente?

Te pedimos, estrella radiante de la Iglesia, lámpara brillante de los pontífices y gema de los mártires,

Purifica nuestros corazones de vicios con oración constante, fortalécenos con virtudes, elévalos al cielo,

Y haz que veamos a Cristo por los siglos. Amén.

CXII.

Decía el B. Apolinar al vicario: Esté seguro, porque no pondré incienso en mis manos a los demonios, sino que ofreceré incienso de alabanza y dulzura a mi Señor Jesucristo. Vers. Me ofrezco a mí mismo como sacrificio por la salvación de mis hijos, a quienes...

CXIII.

Santificanos, Señor, con este venerable misterio, célebre entre todos, a quienes redimiste con tu propia sangre; líbranos, protégenos del astuto enemigo, con tu fuerte brazo, tú que gobiernas todas las cosas creadas con el Padre, Señor de todas las cosas. He adquirido. Por lo tanto, seguro. Vers. Rompiste, Señor, mis cadenas, te ofreceré un sacrificio de alabanza. Y su...

CXIV.

Dios eterno, que a tus apóstoles en la defensa de la verdad por toda la extensión del mundo has designado vicarios; a quienes, como al B. Apolinar, discípulo de tu portador de llaves, concediste tanta gracia, que construyó tu Iglesia sobre el fundamento de la nueva fe, y dirigió los corazones rudos de los gentiles hacia la enseñanza de tu ley; a quien también, por tu don, le fue concedido, enriquecido con paciencia y gloria, despreciar los horribles tormentos de las penas, y brillar con las asombrosas virtudes de los signos: adornado así con el derecho del sacerdocio junto con el triunfo del martirio, se ofreció a sí mismo como sacrificio de dulzura, y trajo a tus graneros las abundantes cosechas de almas nacidas de la semilla de su predicación. Por Cristo nuestro Señor.

CXV.

Yo dispongo para vosotros, como mi Padre dispuso para mí, un reino, para que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino.

CXVI.

Dios, que te dignaste darnos la prenda de la salvación eterna, concédenos, te rogamos, por la intercesión del B. Apolinar, tu mártir, llegar a la plenitud de esa misma verdad. Por.

CXVII. De S. Rufino mártir. Himno.

El gran mérito de Rufino, que cante la multitud de fieles, por el cual fue vencedor del mundo, y libre alcanzó las estrellas. Guerrero invictísimo ofrece su rostro a las piedras; pero la lluvia de piedras no le impuso silencio. Luego es golpeado con plumadas, ya se cree muerto; pero quien se cree muerto se levanta más dispuesto a las armas. Es arrojado al horno ardiente de llamas; pero el horno de fuego se convierte en un bosque de refrigerio. Pues en las llamas crepitantes un ángel brillante se sumergió, a cuyo mandato pronto el incendio pierde su fuerza.

CXVIII.

El mártir egregio lucha, como un león que no conoce derrota; pisa con mente intrépida todos los géneros de penas. Se le cuelga una piedra al cuello, así es sumergido en las olas; a quien el agua engendró para Cristo, por ella llega a Él. Ahora, libre del peso de la carne, se viste con el peso rojo, coronado en la cabeza con una corona de piedra preciosa. A ti, mártir amable, te pedimos con los corazones inclinados, que tus méritos nos liberen, a quienes nuestras deudas nos agobian. Al Padre sin engendro sea alabanza, al Unigénito sea honor, al Espíritu Santo, igual en majestad, sea la suprema gloria. Amén.

CXIX. De SS. Donato e Hilariano. Himno.

Cantamos la gloria del claro triunfo, por el cual Donato, vencedor, alcanzó el cielo, igual en pena y corona, Hilariano. Estos brillan como dos lámparas, y alejan las tinieblas de la tierra, mientras truenan con palabras y resplandecen con signos de prodigios. Los demonios despojan de sus presas a los cautivos, a quienes atormentan con duros azotes, dan fuerza a los enfermos, y restauran a los ciegos la luz de ambos ojos. Después de tres meses, una mujer sale del sepulcro con un talento en la fosa, así da al marido vivo, para que no muera. Un fragmento de cáliz roto se levanta a su forma anterior, perdiendo una pequeña parte, pero no gotea ningún líquido, cosa nueva para el mundo. Te rogamos, altos príncipes del Olimpo, que con vuestras oraciones paternas nos levante a los caídos, y nos fortalezca a los quebrantados la mano derecha de Cristo. Alabanza, honor al Padre, y al Hijo igual, una majestad, el mismo poder, con los cuales el Espíritu Santo llena todo el orbe. Amén.

CXX.

Donato, estrella dorada, mártir e hijo de mártires, pero a quienes precedes en la fe, los precedes en el martirio. A nosotros, prelado egregio, honor y luz de la Iglesia, a los que celebramos tu fiesta, socórrenos con tus sagradas oraciones. Tú que das a la muerta de tres meses palabras vivas para pronunciar, resucita por el Espíritu a los sepultados bajo el peso del crimen. Vida, luz y costumbres, Hilariano monje, cumplido con justicia el deber de hospitalidad, se convierte en censor y mártir. Vosotros, lámparas claras del mundo, y piedras vivas del cielo, a nosotros, infelices, con vuestros méritos, atraednos a los premios. Al Padre sin engendro sea alabanza, al Unigénito sea honor, al Espíritu Santo, igual en majestad, sea la suprema gloria. Amén.

CXXI. De S. Donato obispo y mártir. Secuencia.

Con cítaras doradas del Señor, alábenlo, y con címbalos, junto con la Toscana Italia, noble monarquía, morada de los santos, que consagra Aritium. En la cual, lámpara de prelados, camino, forma, espejo, Donato mártir posee la basílica ilustre, y guarda a Enero, estrella

dorada del cielo. 39 A quien no los estudios humanos, ni la elocuencia de la lengua, pueden dignamente exaltar por el mérito de su gloria. Pues lo que pudo soportar, ¿quién podrá contar? En el horno continuamente es vaporizado por tres días, para que, cuanto más tiempo es quemado, más rápido queme después; este mártir, al entrar, ni un cabello es dañado. Pronto, consolado por la compañía angélica, se regocija; mientras las bolas de fuego silban, crece el ardor de la fe: así la llama del deseo extingue la fuerza del incendio. Victorioso es sacado del fuego, llevado al tribunal, es consultado, atacado, la misma voz se devuelve; pues la casa florece sobre la piedra estable. Cuando la carne es rodeada de penas, la mente se fija en las estrellas, los tormentos se vuelven leves al ver las recompensas allí. Así, las penas de mil muertes considera dulce ocio. Las manos crueles de los verdugos arrancan los nervios de las entrañas, la estructura se disuelve, después de que se quita el vínculo, se produce una salida diversa, una muerte múltiple. Luego es entregado a las mordeduras feroces de las bestias; pero las fieras, domando su rabia, inclinan sus cuellos, dejados por el cielo, a las sagradas oraciones. Oh Lucero de Hesperia, oh honor de la Iglesia, ¿quién podría proclamar todos tus elogios? No intentamos cumplir esto, sino que nos superamos en gozo. Por lo tanto, con mentes inclinadas, suplicantes te pedimos, que nos liberes de las deudas de nuestra culpa con tus méritos, y nos unas a las sagradas oraciones de los elegidos. Al Padre sin engendro sea alabanza, al Unigénito sea honor, al Espíritu Santo, igual en majestad, sea la suprema gloria. Amén.

CXXII. De S. Fidel mártir. Himno.

La Santa Iglesia proclama los grandes méritos de Fidel, quien con su muerte venció a la muerte, y victorioso alcanzó las estrellas. Despojado del peso de la carne, se viste con la estola de gloria, secadas las lágrimas de su rostro, goza de los verdaderos goces. Al ser muerto por la espada, se levanta una tempestad feroz, así se intenta con los impíos la venganza del justo Juez. Un espíritu maligno invade a uno de los verdugos, pronto se une a la sagrada tierra, y se excluye la peste terrible. Con las oraciones del corazón y de la boca, a ti, mártir amable, te pedimos, que nos guíes por tus huellas a los premios de la vida. Al Padre sin engendro sea alabanza, al Unigénito sea honor, al Espíritu Santo, igual en majestad, sea la suprema gloria. Amén.

CXXIII. De S. Gregorio papa. Himno.

Apóstol de los anglos, ahora compañero de los ángeles, como entonces, Gregorio, socorre ahora a los creyentes. Tú desprecias las abundantes riquezas, y toda la gloria del mundo, para seguir a Jesús, el príncipe, pobre como pobre. Se ve como un náufrago necesitado, mientras el ángel pide limosna, tú ofreces ya después del doble don, también el vaso de plata. Desde entonces, Cristo te prefiere para su Iglesia, así recibes el grado de Pedro, cuyo ejemplo sigues. Oh pontífice egregio, luz y honor de la Iglesia, no dejes en peligros a quienes instruyes con tantos mandatos. Tus labios destilan miel que endulza el corazón, tu elocuencia supera la fuerza de los aromas ardientes. Resuelves admirablemente los enigmas místicos de la Sagrada Escritura, la misma Verdad te enseña los misterios teóricos. Tú, habiendo obtenido la vicaria apostólica y la gloria, libéranos de los lazos de la culpa, devuélvenos a las sedes celestiales. Al Padre sin engendro sea alabanza, al Unigénito sea honor, al Espíritu Santo, igual en majestad, sea la suprema gloria. Amén.

CXXIV. De S. Benito abad. Himno, a vísperas.

Gema preciosa del Rey celestial, norma de los justos, camino de los monjes, libranos, Benito, del lodo inmundo del mundo. Tú, despreciando el suelo, fijando el corazón en las estrellas,

haces que los herederos se conviertan en padres, mereciste reparar el vaso roto lleno de Dios. Grande en pequeños miembros de ermitaño, vences la edad, superas el trabajo, llenas fervorosamente los rudimentos de la vida estricta. Con la caída de las piedras, el niño sepultado, tan pronto como oraste, lo resucitaste con tu oración, así el sentido se devuelve a la carne, y la carne a la salud. Justamente bajo la apariencia de una paloma suave, ves el alma de tu hermana, desconocedora de hiel, penetrar las cumbres del cielo estrellado. Tú mismo, después, llevando un claro triunfo, buscas las altas estrellas, vencido el mundo; la celda resplandeciente con luz ardiente, las mantas extienden. Alabanza, honor al Padre, y al Hijo igual, una majestad, el mismo poder, con los cuales el Espíritu Santo llena todo el orbe. Amén.

#### CXXV. A nocturno.

Portador invictísimo, y guía de la sagrada milicia, defiéndenos, Benito, con el fuerte brazo de tus oraciones. Con estas armas vence la rabia execrable del león, con las cuales una vez expulsaste la horrible merla de su boca. Ortigas unidas a zarzas, curan la herida con heridas, la mente inflamada divinamente extingue los fuegos con fuegos. Enviando la cruz como una piedra, rompes el cáliz del veneno, el vaso de la muerte no puede llevar el signo de la vida. El hermano, a quien entonces un espíritu malvado arrebatava vagando, mientras tu vara es golpeada, es devuelto a la estabilidad. Al Padre sin engendro sea alabanza, al Unigénito sea honor, al Espíritu Santo, igual en majestad, sea la suprema gloria. Amén.

#### CXXVI. A laudes.

La aurora dorada se levanta, restaurando la fiesta anual, cuando Benito asciende al alto palacio del cielo. Cuánto recibe en las alturas, quien así brilló en lo bajo, cuyos prodigios resplandecen por los amplios climas del mundo. La tierra, carente de su gracia, vomita cadáveres, el agua líquida devota lame sus huellas secas. Ve el ámbito de todo el orbe por el rayo del Sol, la mente puesta en el Creador; ve todas las cosas sujetas. A ti, Padre amable, te pedimos con los corazones inclinados, que nos des ascender al cielo, a quienes enseñas a despreciar la tierra. Al Padre sin engendro sea alabanza, al Unigénito sea honor, al Espíritu Santo, igual en majestad, sea la suprema gloria. Amén.

#### CXXVII. Epitafio de Lodoico santo presbítero.

El hombre de Dios yace en esta cueva cerrada, Lodoico, a quien sin la muerte de verdugos se le hace martirio. Rechazaba el vino, no comía pan en absoluto, dos semanas, así daba una comida. En orden diverso fue pintor y sacerdote; ofreció igualmente ambos dones a Dios. Luz naciente para la ciudad, luz para todo el orbe, ardió e incendió, fue y dio para ir. Espejo de la Iglesia, piedra viva, hostia, templo, alívianos con tus oraciones a quienes nos agobian nuestros males.

#### CXXVIII. En el natalicio de los confesores pontífices. Himno.

El año del sagrado pontífice brilla, la piadosa plebe celebre y resuene con alegre pecho cánticos a Cristo, quien todo lo gobierna. Este, despreciando las alegrías de su propio cuerpo, soportó largo martirio de la cruz, sufrió tormento más grave que la herida, quien fue su propio torturador. Insigne portaestandarte de la sagrada milicia, fue forma de virtudes para los seguidores, encendiendo los corazones con fuertes palabras, también con preclaras costumbres. Llevó doce piedras en el pecho, brilló con el manto de túnicas teñidas: a quien las campanillas dulcemente resuenan, las granadas caen. Por sus oraciones, Creador de todo,

levanta a los sumergidos por el peso de los crímenes, a quien alabanza, imperio, y suprema gloria sea por todos los siglos. Amén.

CXXIX. A laudes.

Cristo, gloria de los santos, victoria de los que luchan, por las oraciones del confesor, libéranos de los lazos de las culpas. Haznos seguir sus huellas imitables, tú seas el premio común, quien te hiciste también el precio. Pues aquí en lo bajo, con altos modales, era humilde en orden, claro y sublime en obra. La mente atenta a las cosas celestiales, aborrece los ruidos mundanos, ya no deleita al ansioso, lo que no conduce a la patria. El espíritu encendido hacia allí, con todos los esfuerzos, ya ve en enigma la luz inaccesible. 43 Al Padre sin engendro sea alabanza, al Unigénito sea honor, al Espíritu Santo, igual en majestad, sea la suprema gloria. Amén.

CXXX. De todos los santos. Versos.

Publicó sus nombres en el mundo, a quienes instruyó por dos o tres años, estos igualmente la doctrina del siglo, y también la gracia divina gratuitamente les había otorgado; para que puedan expulsar las pestes podridas de la fiebre y también ofrecer cura saludable a las enfermedades, expulsando de los miembros los cuerpos horrendos. Y a los mudos, cojos, sordos encontrados, tuertos, y torcidos, que con palabras feroces corrompen, y cualquier cosa débil que se lleve, restauran celestemente la salud donada por Cristo; y así empujan la luz de la carne con el medicamento de la inmundicia. Sin embargo, no enriquecidos con el excelente don de las virtudes; llevan bolsas llenas de oro engañoso, y pisan las monedas como venenos terribles, todo donado gratuitamente por la descendencia celestial. Mientras tanto, el príncipe del mundo, que llevaba el cetro, cruelmente atormentaba a los mártires con edictos atroces. Entonces, a los santos hermanos los había sumergido en el abismo del mar, confiados en la virtud del Trueno, las aguas heladas y vítreas se calman con fragmentos sagrados, mientras que, dicho más rápido, los santos son llevados a las costas. Así, con el poder sagrado de la sal comprimida, el poder de las aguas turbulentas se calma en los campos fluctuantes, mientras la mano del Padre abre el puerto inmundo, el impío al ver esto, las banderas del trofeo, intenta otro daño con venenos gorgónicos; pues feroz, con alimento de llamas, tritura el pasto de las llamas, y llena el horno de los sacramentos con leña, en el cual ordenó arrojar a los santos, para que el fuego del brasero quemara los miembros inocentes, que antes el mar hinchado no podía sumergir en las aguas negras. Así, la antorcha de la llama del horno con leña se enfría, para que el soldado de Cristo, despreciando el torbellino de la llama, devuelva grandes gracias por la vida a salvo; como la salamandra suele insultar las hogueras de los fuegos, aunque se amontonan por casualidad las pilas de hogueras, entonces son obligados a subir al amplio madero de la cruz, y a soportar las densas flechas de las aljabas. Pronto, el Creador eterno, quien triunfa con justo derecho, rompió las espinas de los torturadores de los reos. Luego, tomaron las coronas sangrientas del martirio, migrando a las altas cumbres del cielo.

CXXXI. De la anunciación de la Virgen.

He aquí que el mensajero prepara la sala cerrada para el Rey.

CXXXII. De la natividad del Señor.

Nacido desde la eternidad, sale del vientre de la Virgen.

CXXXIII. De la cena del Señor.

Quien es la cabeza de los justos, lava los pies de sus discípulos. Lo que prohibió a una parte, Pedro quiere resolverlo para todos.

CXXXIV. Del bautismo del Señor.

He aquí el río al manantial; el mundo lava la ola que lava: Lávate, Jordán, de quien más bien eres lavado.

CXXXV. De S. Juan Bautista.

La voz previa siente la Palabra en el vientre materno.

44 CXXXVI. De la ofrenda del Señor.

Ahora es llevado al cielo Simeón, a quien sostiene en sus brazos.

CXXXVII. Donde los niños dicen: Hosanna.

Las estrellas, el cielo, la tierra temen, a quien lleva la asna: Con gran voz el coro proclama Hosanna a Dios.

CXXXVIII. Transfiguración del Señor.

Aquí Dios muestra lo que ocultó bajo el velo de la carne.

CXXXIX. El Señor dice a sus discípulos: Velad.

A quienes el sueño oprimió, el Rey de los vigilantes ordenó levantarse.

CXL. Donde Judas entrega al Señor.

El lobo feroz ofrece besos engañosos al Cordero.

CXLI. De la patena.

Estos platos producen el alimento de la vida eterna.

CXLII. Donde Cristo ruega al Padre.

Cristo ruega al Padre, con quien todo lo da.

CXLIII. De la ascensión del Señor.

Dios buscó lo bajo, pero no dejó lo alto: Está allí a donde se dirige; permanece de donde vino.

CXLIV. Donde el Espíritu Santo desciende sobre los apóstoles.

La llama de lenguas apostólicas enciende el senado, germina y diversas voces fecundas produce.

CXLV. De S. Pedro.

Desprecia la nave del mar, Pedro, recibe la llave del cielo; despreciando las olas, devuélveme al puerto de la quietud.

CXLVI. De S. Pablo.

Pablo riega todo el orbe con lluvias melifluas.

CXLVII. De aquel que mora en el odio.

Quien permanece en las tinieblas, no conoce las huellas de la paz; el colirio alivia, cuando el glaucoma te oprime. Crea un aire suave, revela lo mal cubierto; la noche restaura la luz, el dolor a menudo quita el dolor.

CXLVIII. De aquel que agrada a dos enemigos.

Mientras agrada a ambos, Metecus pierde a ambos.

CXLIX. De Hildebrando.

Quieres vivir en Roma, proclamo con clara voz: Más al Señor Papa que al señor obedezco al Papa.

CL. Del mismo Hildebrando.

Quien doma la rabia de los tigres, las bocas sangrientas de los leones, que hasta ahora el lobo me convierta en cordero.

CLI. De aquel que todo teme, o nada teme.

Nada temiendo, y todo temiendo, ambos son ridículos: Este se hincha, aquel yace, el medio prevalece en el peligro.

CLII. De la vara de Moisés.

La vara devora a los mágicos, restaurando en sí las serpientes.

CLIII. Del arca de Noé.

El arca da la Iglesia; el agua del bautismo la figura.

Es mejor ser inscrito como rey en hierro, que como siervo en oro.

Elige ser inscrito como rey en hierro, que como siervo en oro; más claro es el rey en la casulla que el siervo en la sala.

45 CLIV. De aquel que primero da, y luego reclama.

Viola el pacto de amistad quien reclama sus dones, la mano avara retira lo que antes dio generosamente. Quien reclama el don, pronto pierde al amigo, de vuestro don traigo gozos dignos.

Cuán vanos son los bienes de este mundo.

Cuando vemos las cenizas de los reyes y los huesos de los padres yacen amontonados en sepulcros polvorientos, ¿qué vigor puede agradar a la carne o posesión a la mente?

CLV. El Señor Papa sin mí comenzaba la obra, y conmigo quería completarla; así conmigo decía: Como era en el principio; cuando conmigo no había dicho: Gloria al Padre.

Como era en el daño, porque nunca canto Gloria, quien rasuró la cabeza también devoraba la cola con justicia: Que muele los huesos quien antes sorbió la médula.

CLVI. Esto se dice a aquellos que hacen una paz falsa.

Para que puedan, que se unan las bocas y los besos del corazón; la paz termina la disputa, cuando las querellas alcanzan su fin.

CLVII. Que a menudo el amigo parece enojarse, y el enemigo fraudulentamente halagar.

El amor del justo se enfurece, la envidia del iniquo halaga, el amor es implacable, la ira dulce, la ira fiel: También hay tiranos blandos bajo la piel de oveja. Así también la censura amiga hace a los padres feroces.

CLVIII. Advertencia al Papa Alejandro.

Quien desea retener el vigor de la sede apostólica, equilibre los pesos de la justicia rígida: Pues no conoce las balanzas iguales de la ley, quien el favor inclina, la esperanza o la avaricia lo arrastra. A quien las bolsas llenas de dones le aflojan la boca, la justicia pierde el alma vacía. Roma tiene las llaves del cielo, y gobierna las riendas del orbe; quien más pide, no puede ser más rico.

CLIX. Esto debe hacer el siervo de Dios.

Mucho tomo, pero todo lo entrego a los hermanos: Quito a los ricos, doy a los pobres.

CLX. Decimos al almorzar: Comerán los pobres. Al romper el silencio decimos: Preciosa a los ojos del Señor.

Como Comerán, las mesas; devuelve Preciosa, las palabras. El insensato en su corazón dice: No hay Dios.

CLXI. Del odio.

Como la catapulta con veneno pestilente mata, así el odio devorador destruye las almas de los hombres.

CLXII. Quien ha sido castrado no debe ser obispo.

Quien no puede ser cortado no debe obtener honor.

CLXIII. De las fiebres romanas.

Roma devoradora de hombres, doma los cuellos altivos de los hombres, Roma fértil en fiebres es ubérrima en frutos de muerte, las fiebres romanas son fieles por derecho estable.

CLXIV. Que quien ignora la ley de los vicios no puede evitar la perdición.

Quien ignora la ley de los vicios sufre la peste, considera virtud al vicio, lo ilícito como lícito. 46 No esté seguro quien es absuelto por la boca del juez, hay leyes del cielo, disonantes las del foro. El juez interno ata a quien el abierto suelta, ni huye de ser, ni ve los actos Dios.

CLXV. Del ayuno de tres días.

Cuán grave suele ser el golpe del ayuno de tres días, ignora el rudo, quien infla diligentemente su estómago, reprime el vientre que exhala con frecuentes tubos, como el fuelle del herrero vacía ambos respiraderos.

CLXVI. A Cadaloo, no pastor, sino antiguo dragón.

Desiste de ser culpable quien castiga llorando su culpa, la sacrílega culpa iniciada con duplicada soberbia, matando con sangre la Ciudad, ahora destruyes el mundo con oro. ¡Ay! espada de hierro, espada más cruel del oro; esta penetra el alma, aquella mancha la carne, y la vena del metal brillante tiene la fuerza del dardo. No hay diferencia si uno muere por hierro o por oro. ¿De qué sirve si alguien muere con armas doradas o oscuras? Estas armas homicidas agitas y a ambos desgraciados matas. Caíste del cielo, pero aún, dragón resbaladizo, soplas, vomitando rabia por la boca, difundes un olor fétido: roto aún reptas, y llamas exhalas por las narices; hinchas tu cuello escamoso, rechinas por la destrucción y las batallas. Deja de levantar tu horrible cuello con escamas, para que el pueblo viva, la bestia malvada pierda la vida; la víbora ya reprime las crestas del dragón, que un montón de piedras te sepulte, la sentencia unánime de los Padres será el escombros de las piedras, que esta plaga negra no infle tu garganta hinchada, que el monstruo insaciable de mil hombres estalle. Que las cavernas del infierno cierren sus bocas sobre ti, para que no haya retorno, sino que las guerras del mundo cesen. La vida humeante vuela, la muerte inesperada se acerca. Se cierne sobre ti el rápido fin de la vida cumplida. No te engaño, morirás en el año comenzado.

CLXVII. A un hermano, a quien el ayuno y las vigiliass le causaban náuseas.

En las costas sicilianas se produce la sal de Agrigento; que fluye en las llamas, crepita si se sumerge en las olas. Quien lleva las leyes naturales a lo contrario, se ajusta al Creador tanto como se disocia de sí mismo.

CLXVIII. Que algunos se ofenden con los beneficios, se complacen con la ofensa.

El deber estimula a algunos, el golpe complace, Nabaldus pone la boca en su corazón, el corazón en su boca.

CLXIX. Del diente y la lente.

Cámbiese la letra, lo que comía se comerá de nuevo.

CLXX. Que la carne sin predicación se precipita en el bosque de los vicios.

La carne se vuelve salvaje en vicios, libre de la palabra, los campos estériles reverdecen con cuchillos, al ser escardados con la azada. Conocemos a Aníbal, y que Nerón era tuerto, a quien también aplastó el sarna, cuando levantaban los cetros.

CLXXI. Del bastón del rector.

Recibe el bastón diverso con el arte del gobierno: a quienes el féretro picó con su cuerno, la piedad los devuelve.

47 CLXXII. Del lamento por la Iglesia Romana invadida por el antipapa.

¡Ay! sede apostólica, antigua gloria del mundo: ahora, ¡oh dolor! te conviertes en la oficina de Simón. Los martillos golpean el yunque, las monedas son del infierno: por el justo juicio de Dios, esta es la condición. Para que cualquiera que compre la sede apostólica una vez, no deje de redimirla, hasta que perezca mal. La cátedra de la pestilencia, presionada por el anatema, la tienes con los sacerdotes asesinos de Cristo. La tierra se convierte en hierro para ti, la sede del cielo en bronce; por lo tanto, presta atención diligente a lo que digo.

CLXXIII. De la miseria de la condición humana.

¡Oh dolor! el infeliz origen de la estirpe humana, a través de la transmisión de la carne, aún está sujeta a la muerte; y engendra miserables, a quienes cierra en el límite de la vida. Quien no toca a su esposa sino por amor a la prole, aunque admirable, no es para todos imitable; no sin miembros puede haber restauración para los miembros. A menudo la mente de la madrastra se vuelve hostil a los pupilos, y por una ley perversa, la madrastra es dura con la madre.

CLXXIV. De aquel que predica al justo y abandona al impío.

Derrama agua en los ríos, en los jardines sedientos.

CLXXV. Alabanza de la limosna.

Presta a Dios quien proporciona sustento al necesitado, prometió devolverlo, quien no conoce la mentira; se paga el beneficio cumplido con un interés más pesado; por poco se devuelve mucho, por barro se devuelve oro; así la hemina gana el cántaro, la dracma el talento, así el óbolo el reino, el cáliz compra el Olimpo, las cosas celestiales se devuelven por las terrenales, las fijas por las caducas. El agua mata el fuego, la limosna purga la caída. El agua es la muerte de la llama, la limosna es la muerte de la culpa, ni llena los corazones con lágrimas fluyentes. Esta vacía de vicios, adorna con flores de virtudes. Estas redimen las entrañas mismas de la piedad de Cristo.

CLXXVI. Al avaro rico.

Quien sabe unir cedros con cipreses sólidos, construye cimientos no sujetos a vientos: eres más rico en barro que en el río Pactolo: el agua levanta el montón, la arena se vuelve dorada, el lodo lleva frutos, la roca abrupta la cima. Con estas cosas gobernamos la vida, vemos esto de lejos, en la viuda Dios es rico, en el rico pobre.

CLXXVII. Al hombre soberbio.

La mente brota en verdaderas palabras con la causa que las da, aunque ruborice, nunca la rosa hermosa dura todo el año, quien está de pie cae, como la flor la carne podrida se descompone. La vida voladora del hombre corre como un río. 48 Recuerda que cuelgas como una hoja abierta al viento, la muerte implacable somete los cuellos hinchados con sus plantas. Quien sufre vivir disfrutará de una muerte feliz, quien disfruta de la vida sufrirá una muerte amarga. La vida breve prohíbe esperar vivir mucho. Vive recordando la muerte, para que siempre puedas vivir. Vive todo para Dios, muere todo para ti. La vida engendra muerte, la muerte

engendra vida eterna. Quien vive ahora para sí mismo siempre perecerá muriendo. Quien muere en sí mismo, la vida bienaventurada lo seguirá. Así el descanso se devuelve al cansado, la vida al muerto.

CLXXVIII. Al detractor envidioso.

Sería mejor comer pan que roer al hermano, una cosa es el alimento del cuerpo, otra cosa el veneno del alma. El roído no muere, el roedor se considera homicida. No veas a otros con los ojos de las cabras, mírate con la vista del topo. No me des la cara, dispuesto a darte la espalda, haciéndome espejo, cuando eres para ti mismo una mochila, el pulpo no huele mal a sí mismo cuando se adhiere al maloliente. La luz lincea clava sus rayos agudos en las entrañas, aunque no se vea a sí misma, penetra todo lo que está lejos; las piedras obtusas afilan, no pueden ceder, ni a sí mismas, sino que obedecen sus propias leyes al metal variado, la lima sabe pulir lo áspero, no pulirse a sí misma, la escoria permanece áspera, mientras alisa el oro -Porque la carne escabrosa es digna del título de fiel, si con boca rabiosa ataca al esclavo con derecho. Quien dice lo que quiere, escucha lo que no quiere. No tiene boca la lengua, pero ella misma rompe los huesos y una sola engendra miembros deformes. Deja el mal de la lengua, que vibras como una flecha, para que las piedras no se devuelvan con el palo de la espada.

CLXXIX. A dos enemigos, para que vuelvan a la paz.

El amor une a los diversos, la discordia divide a los unidos; no hay luz de paz donde hay división de corazón; la paz enseña a los ignorantes, la discordia ciega a los agudos. No hay estabilidad en las cosas, el orden de la fortuna se invierte, la muerte inesperada amenaza al cuello rígido. La fiebre ardiente somete los cuellos hinchados con sus plantas, y doma a los indomables liberados por el derecho divino; quienes se hincharon ante Dios son obligados a ceder a la enfermedad; lo que dan al languor prohíben a la verdadera salud. A menudo con rostro feroz, como vomitando llamas por la boca, y con boca terrible rechinando palabras tonantes, una honda con una pequeña piedra lo derribó.

CLXXX. Cuando el mismo escrito se envía dos veces.

Con razón se nota al que a menudo reescribe lo mismo; sin embargo, no es absurdo, cuando la cosa misma tiene un retorno, la duplicación de las cosas necesita palabras. Acusa de no devolver el favor en los poemas. Envió tantos dísticos como ríos hay en el paraíso, pero de tu fuente no fluye ni una gota para mí. Ahora, si no devuelves tantos escritos como enviaste, la pluma embotada llenará la funda vacía.

CLXXXI. De algunos antídotos.

La muerte iguala al aloe, un sabor une a ambos, también tú obtienes una acidez similar al perezoso Serapi; no confesaré que superan a todos los venenos.

CLXXXII. Que quien recibe un regalo debe devolver el favor.

El regalo une a los amigos queridos, si el portador lo devuelve, si el dador lo recibe.

49 CLXXXIII. A quienes se envía la bendición de las cucharas.

Otros den el metal dorado con la balanza equilibrante; pero el mundo vive, porque la Vida colgó de un madero: así el pequeño madero es más precioso que el oro grande.

CLXXXIV. Se envían cucharas con la mano pontifical.

Recibe el gran regalo de oro en el pequeño madero. No quiero que peses lo dado, sino que liberes las entrañas del dador: me atrevo a presumir para el todo lo que no es para la parte; tantos poemas como escribí, tantas maderas pulí para ti, el papel se vende, lo demás se dona gratis.

CLXXXV. A quienes se envía la bendición de las cucharas.

Los canteros dan señales a los metales con los mármoles, los sepultureros ensamblan ataúdes pobres, ni llevamos señales de los líderes, sino señales de los campesinos.

CLXXXVI. Aterrorizando a un amigo.

Lo que escribo con los dedos, tantos poemas te envío, voz áspera: Id; demasiado agradable: Venid: esta reúne a los corderos, la otra dispersa a los cabritos; las voces ponderadas podrán componer los modales.

CLXXXVII. Al enemigo.

Si deseamos la paz del reino, temamos también el fuego; entre las guerras las leyes callan, en la paz hablan. Es tiempo de guerra, vendrán sus tiempos para la ley; así que el litigio prevalezca, para que la paz no se pierda después de la guerra; no seas vencido en el foro, quien intentas vencer en el campo.

CLXXXVIII. Discreción entre lo ligero y lo grave.

No te llesves como un caracol precipitado, con gravedad ligero, con ligereza grave. Si el paso es grave, no ya como atado por grilletes. Nada es provechoso ceder al vicio con vicio.

CLXXXIX. Que es mejor para el agricultor trabajar que para el señor guerrear.

El señor provoca guerras, el campesino ara los campos; aquel está expuesto a los dardos, este se alegra con las pilas de frutos.

CXC. De aquellos que no se critican a sí mismos, sino a los demás.

El pulpo no huele mal a sí mismo cuando se adhiere al maloliente: hay quienes palpan lo suyo, condenan las culpas ajenas.

CXCI. Que el hambriento y sediento toma cualquier cosa vil con gusto.

El hambre negra recomienda las hierbas agrestes a la garganta, la sed ardiente hace apetecible el vino espeso. El hambriento come, el sembrado lame con la boca vacía.

CXCII. De aquel que se gloria en la altura de su voz.

Con voz bastante alta rebuzna el asno vocal, la dulce melodía forma la voz del cisne con zumbidos suaves.

CXCIII. De los monjes que se visten con cotas de malla sobre la carne.

Las vestiduras de malla ofrecen un abrigo desagradable: las vestiduras de malla son odiadas por la doble plaga; el peso oprime los huesos, el frío constriñe las entrañas.

50 CXCIV. De Hildebrando, que aunque de pequeña estatura, parece ser de gran prudencia.

El pequeño Tigre iguala las flechas lanzadas con rapidez, el hierro vil, sin embargo, doma todo metal, pero esto lo arrastra el fuerte imán tras sus huellas; a este que todo lo doma, la medida de Sísifo lo limita, a quien muchos temen, se somete a mí sin querer.

CXCV. Del papa y Hildebrando.

Al papa lo venero debidamente, pero a ti postrado te adoro: tú haces a este señor; este te hace dios.

CXCVI. Del archidiácono romano, que me envió un pez medio.

No es de extrañar que Pedro siempre esté necesitado para mí, cuando los ríos generan peces medios.

CXCVII. Felicita a Urbano, que se hizo obispo pobre en Roma.

Lo que para Betsaida, ahora es para mí Pedro en la Ciudad: esto cuando sostiene los cetros, lo que era cuando tejía las redes: siempre lava las redes, surca para mí las aguas azules del mar, me oprime en la tierra, quien completamente carecía en las olas, me recrea con algarrobas, quien el pequeño pez alimentaba.

CXCVIII. De aquel que tiene un hijo.

Cuando queda descendencia, los padres viven de la muerte, y como una sola carne la descendencia florece en la raíz.

CXCIX. Para que aquellos que predicán no discrepen entre sí.

No el sabio con el necio, ni el buey con el asno, quienes enseñan lo divino no se desvíen completamente de sí mismos.

CC. Del estiércol del tordo se hace el visco con el que el tordo mismo es capturado.

Se digiere en el trasero lo que se atrapa con el pie del tordo.

CCI. A aquel a quien envié una carta larga, y él me envió una pequeña.

No el óbolo iguala al sólido, ni la libra al talento, claramente menor que el modio cede este al coro. No es lícito que una carta pequeña compense un libro, la balanza colgante no equilibra los platillos iguales.

CCII. De Florencia, donde murió el papa Esteban, y de donde salió el papa Nicolás.

La pequeña Florencia debe a la gran Roma un hombre; que lo tiene muerto, se ve obligada a devolverlo vivo: así una nueva luz brilló para el mundo desde las costas de Belén.

CCIII. De aquel que se somete a sí mismo para recibir al culpable.

Nada compra para sí quien se vende bajo usura.

CCIV. Que Roma gobernó el mundo, mientras obedeció a las leyes.

La Ciudad gobernó el mundo, mientras estuvo sujeta a la ley; rechazadas las riendas de la justicia, contrajo el reino.

CCV. Que muchos castos son tacaños.

Difícilmente verás a alguien generoso en riquezas y casto en cuerpo.

CCVI. De aquel que, criado en Arezzo, fue abad de Pomposa.

Quien solía saciar su vientre con insípidas altramuces, ahora eructa banquetes marinos con la garganta hinchada.

51 CCVII. Del señor Humberto, arzobispo, que se sentaba a la derecha del papa, y yo a la izquierda.

Más fuerte que la cabra, tú tomas el asiento de la oveja, el izquierdo tiene el derecho, el derecho a veces el izquierdo.

CCVIII. Sobre los elegías seculares.

Lloro por vosotros, miserables, cuya mente está dedicada a la carne; despreciáis el cielo, consideráis el mayor bien las ganancias. ¿Qué os exhortaré yo, qué os aconsejaré desear? Ahora sorbed las médulas del mundo, malamente agradables, llenad las entrañas con alimentos, cargad los miembros con manjares, para que no perezcan los gusanos devorándoos siempre con delgadez, extendid las villas irrigadas con fuentes frías. No haya número para las monedas, ni medida para los metales. Después vuestra posesión será una tumba estrecha. Pero aquellos cuya esperanza es más preciosa que el oro amarillo, cuyas riquezas son las verdaderas recompensas de la vida, que el ladrón no teme, ni el devorador surca malamente tembloroso, despreciad las ganancias vanas sujetas a repentinas ruinas: que sus dones cedan al mundo que va a caer: que los patrimonios del cielo sean suficientes para los siervos de Cristo, que el arca de la fe cubra el talento del pecho excelente, que el estudio sea almacenar las gemas brillantes de las virtudes, y arrancar las malas hierbas de los vicios nacientes: evitad los negocios turbulentos del mundo fluctuante, que la mente libre se dedique continuamente a los discursos sagrados, que pruebe ya un poco la miel, para que después rebose llena, que nuestra forma vuelva a sus principios. Que estas riquezas se entierren, que estos honores se busquen, con estas cosas el hombre es justamente poderoso, con estas es rico por los siglos.

CCIX. Contra el abad de Cluny, que lo llevó a Francia.

Mi muerte, Cluny, destruyes mi vejez, haces que no sea, mientras buscas que esté bien, para que te fluyan las mieles, las comidas se tiñan de especias, y la olla grande ofrezca alimentos almacenados. Se hace áspero para que falten en nuestras mesas incluso las cáscaras, mientras te sirvo manjares, me espera el hambre negra.

CCX. Versos del pobre.

Vacío de llagas, pero lleno de pobreza, aquí viene Lázaro, que busca vivir de migajas. Faltan las bocas de los perros, no faltan los picos de los mendigos; aquellos lamen la piel, estos roen los miembros llenos de llagas.

CCXI. Del ayuno de tres días.

Cuán grave sueles golpear con el talón de tres días, lo sabe la mente ejercitada en las batallas experimentadas con frecuencia.

CCXII. Quien dice lo que quiere, escucha lo que no quiere.

Quien dice lo que quiere, escucha lo que no quiere con más frecuencia; quien habla lo que ama, merece soportar lo que odia.

CCXIII. Epitafio de Pedro Damián.

Lo que ahora eres, fuimos; serás lo que somos. No confíes en lo que ves, que ha de perecer. Los sueños frívolos preceden a las verdades sinceras, suceden los siglos a los tiempos breves. Vive recordando la muerte, para que siempre puedas vivir. Lo que está presente, pasa; lo que permanece, viene. Qué bien previó quien te dejó, mal mundo, muriendo primero en mente que en carne. Prefiere lo celestial a lo terrenal, lo duradero a lo caduco. Que la mente libre vuelva a su principio propio. 52 Que el espíritu busque lo alto, vuelva a la fuente de donde procede, desprecie lo que pesa en lo bajo. Recuerda, te lo ruego, de mí; mira piadosamente las cenizas de Pedro. Con oración, con gemido di: Perdónale, Dios.

CCXIV. Epitafio de Benno.

Llora, Rímini, derrama ríos de lágrimas, tu alabanza fue Benno, ¡oh dolor! ¡he aquí que cae! Benno, gloria del reino, gloria de la nación romana, él mismo padre de la patria, luz de Italia. Este compañero los soberbios sintieron duro: restauró a los caídos, sometió los corazones hinchados; se convirtió en león rugiente para el combatiente, cordero tierno para el inerme, así siempre fue justo, así piadoso. Mientras cultiva las leyes de la fe, mientras no cede, sosteniendo firmemente los pesos de la justicia rígida. El cuello de los recticidas soportó los golpes de los perversos: por él floreció la paz, pereció la suerte bélica. Os ruego, sabios, llorad tan terrible ruina, y ofreced piadosas oraciones a Dios por el compañero.

CCXV. Que serás gusano, y serás devorado por el gusano.

Hombre, lo que serás, fuiste dado para ser devorado por la boca; ¿por qué, ceniza y gusano, te enorgulleces con el cuello hinchado?

CCXVI. Invita a la penitencia.

Cuando la sangre crece, la vena busca al médico; la herida hace al sano, la llaga trae la salud, la mente genera el fluido, que la confesión piadosa purga; así la sangre del alma fluye por la vena de la boca. Lo que viola las entrañas con la podredumbre letal: sé vomitador del propio mal con esfuerzo saludable, para que el estómago de la mente se alivie del peso de la culpa.

CCXVII. Versos sobre los Simoniacos.

En el yunque de Simón, y en las cavernas de la moneda, Dios condena las cátedras pestilentes al derribarlas: pues el ladrón se desliza por los desvíos, el pastor busca las puertas abiertas

gratuitamente. Pero donde faltan los negocios criminales de los mercaderes, ni el talento venal hincha el tesoro, no hay obstáculo del vendedor, porque no hay comercio sucio; pues ¿qué daño hacen las monedas donde no pueden dañar las monedas? Más bien, ¿qué daño hace la mano sucia a las plantas arbóreas? A menudo el médico enfermo dio arroz saludable, los esclavos engendraron al luchador, los ciegos al vidente, la clínica de los nobles engendró al hermoso de lo feo. Ni la descendencia debe ser condenada por los pecados paternos. Cada uno es oprimido por lo suyo, ni es retenido por la mancha del compañero.

#### CCXVIII. Contra los Simoniacos en ritmo.

La turba turbulenta del mundo, el error y la división, la herejía simoniana, el celo y la ambición, nos obligan al lamento bajo el oficio del estilo. Por tanto, que se escriba todo brevemente desde el principio, desde que el prelado de la sede suprema, enseñado por el Espíritu Santo, comenzó a corregir claramente las infamias de los malvados. Su voz era como la de un padre corrigiendo a sus hijos; como la voz del Apóstol era suave para los corintios: 53 así se mostraba manso hacia los coepiscopos. Sabéis, hermanos, que habéis asumido el gobierno de los pastores; por tanto, os conviene, como doctores, vivir rectamente primero, suplicar, reprender, luego corregir. No altivos, no hinchados, no embriagados de vino. No en vestiduras preciosas, sino brillantes en virtud, sin causar daño sin motivo, castos y sobrios. Que estén a mano los hechos de los Padres, y los santos cánones; que los débiles y pobres se alimenten con vuestros alimentos; que la madre huérfana llorando no clame ante vosotros. Que cedan los caballos adornados, que cedan los abogados ciegos, que cedan los perros cazadores y las fábulas de los mimos, y los halcones rapaces y también las aves parlanchinas. A esto, execrad la lepra de Simón, la herejía, el crimen de los sacerdotes y el adulterio, que el dominio de los laicos ceda de las Iglesias. He aquí las advertencias del glorioso papa Gregorio, he aquí las palabras del prelado católico de la sede suprema, contra las cuales se levantan los ciudadanos babilónicos. De aquí surgió la ira del César contra la Iglesia, de allí se hinchó contra él la soberbia de los prelados, el sacerdote del pueblo se enfurece contra la Iglesia. Desde que Simón construyó contra Pedro la torre de la magia, desde entonces cayó golpeado por la piedra angular, contra la cual claramente nada es duradero. De los cuales uno es Cristo, el otro es Leviatán; aquel reina sobre las huestes de la vida, este sobre las de la muerte: por tanto, nadie sano duda de quién será el vencedor. Que todos se arrepientan de allí, y vuelvan a sus corazones, quienes no pura, no sinceramente, sino con mente maliciosa, muerden y desgarran al sacerdote del pueblo. Pero aquellos a quienes alimentó la fe apostólica, que se consoliden y se funden en la sólida roca de Pedro, para que después de la lucha obtengan plenamente la victoria. Amén.

#### 54 CCXIX. Exhortación a Damián para que se haga monje.

Omnipotente, enséñanos a hacer lo que hiciste. Faltan los derechos del lecho, si se recorre el camino de Cristo. Ya eres padre, concede espacio a la descendencia, para que tus huellas estén abiertas a las plantas contiguas, y la cosecha brote, mientras no obstaculice lo que produjo, sometida a las ramas maternas que se adormecen. Las viejas hojas fluyen prontas hacia los brotes de flores, y la hierba llama a la hoz con la semilla nacida. Comenzando, por tanto, a ser arrancado del suelo terrenal, trasplántate al cielo, que la esperanza animada florezca: así la raíz del corazón se traslade a los campos celestiales, y el fruto no caiga, sino que brote en el árbol.

#### CCXX. Ritmo del monje penitente.

¿Quién dará agua a mi cabeza infeliz para llorar, quién dará una fuente de lágrimas a mis ojos? Llorando, pupilas, cubridme de tinieblas. ¡Ay de mí, caído!

Ni las gotas del mar, ni las arenas de la orilla se igualan a mis crímenes y delitos, superan en número a las estrellas y las lluvias, en peso a las montañas.

Pues, ¿a qué vicios no soy propenso, yo que siempre he servido a costumbres perversas? Desligado de Dios, he vivido según las leyes de la carne, fluyendo hacia lo más bajo.

Desprecié los preceptos, me atreví con lo prohibido, derribé a muchos con juicios perversos: culpable para mí, inútil para otros, estoy atrapado por ambos lados.

No soy digno de mirar al cielo con mis ojos, ni de pronunciar el nombre de Dios con mis labios; me prohíbe pisar el umbral del templo sagrado la culpa que me remuerde.

Ahora también, dedicado a los sagrados oficios, soy estimulado por las tentaciones de la vida pasada: como los derechos de los tiranos reclaman al esclavo fugitivo.

Intento llorar, pero mi corazón es de piedra, insisto en las plegarias, pero mi espíritu se desvía, busco la luz, pero las tinieblas de las fantasías están presentes de inmediato.

La ira salvaje, la soberbia hinchada, la gula voraz, la vanidad de la jactancia, la barbarie de todos los crímenes, rechinando, intenta someterme.

A menudo resisto y tomo las armas, lucho conmigo mismo, pero mientras la ley del espíritu cede a la ley de la carne, me convierto en presa del enemigo.

A menudo el fuego divino enciende mi corazón, y mi mente, trascendiéndose, es llevada a lo alto, pero cae por el peso de la corrupción innata.

La luz inaccesible brilla a través de las rendijas, a la que mi mente, atenta, ansiosamente se inclina, pero la sombra de la carne, al encontrarse con su mirada, la debilita.

Lloro por el alma herida por mil flechas del antiguo enemigo, muerta en pecados: tú que anulaste las leyes de la muerte muriendo, haz que resucite por ti.

Palma de los justos, esperanza de los penitentes, da, Cristo, tu mano, y liberado de los profundos pecados, líbrame de los inminentes males.

Tú no rechazas las lágrimas de la pecadora: tú recibes al publicano arrepentido: prometes dar vida al ladrón ya puesto en la muerte.

Por estas entrañas de piedad, te ruego, y libérame de las cadenas de tantas culpas: merezco la ira, derrama la clemencia, fuente de piedad.

Haz que siempre obedezca tus mandamientos, y así hazme digno de las recompensas celestiales, tú que, igual al Padre y al Espíritu Santo, gobiernas todo. Amén.

CCXXI. Rítmica sobre la miseria de los abades.

Llora, lamenta, se lamenta ahora la Santa Iglesia, al ver la gran miseria de sus abades, y contempla sus diversos peligros.

Casi ningún abad puede ahora ser monje, mientras soporta un negocio diverso y nocivo: y lo que quiere soportar, lo sufre como injusto.

Como siervo de los monjes, lleva la soberbia dentro, y fuera soporta la molestia de muchas cosas; este yugo gemelo lleva el cuello del abad.

Los hermanos quieren que el abad viva espiritualmente, y por causas seculares lo obligan a ir; ¿quién puede caminar por caminos tan diversos?

Pues mientras cabalga, pronto se dice que es vagabundo; su torpeza es la estación claustral; lo que hace el miserable, siempre es detracción.

Cuando corrige a los delincuentes, todos claman que es impío; si alguna vez les perdona, dicen que es tibio. ¿Quién puede soportar, pregunto, a un pueblo tan ambiguo?

Si imita a Finees, huye o es expulsado; si a Elí, entonces es ridiculizado y menospreciado; es odioso si es ferviente, y vil si es tibio.

Quizás pueda corregir los hechos, si son leves; y los que solo requieren dos o una indulgencia; los más graves el abad los suprime, para que no perezca.

Pues si quiere hablar de algún vicio inmundo, surge una sedición en las entrañas de los monjes, y de inmediato se trama su perdición en secreto.

Si alguna vez ayuna o guarda silencio, pronto dicen que el abad está dedicado a la vana alabanza; y si habla o manda, es reprendido como un ladrón.

Si el abad da un sermón, se le señala como charlatán; y si calla y no expone nada, se le señala como tonto; vaya donde vaya, siempre estará ansioso.

Dentro, fuera, si ocurre alguna adversidad, todos los hermanos lo atribuyen a la negligencia del abad: lo critican, lo muerden y lo llaman bestia.

Si la casa santa no crece, arremeten contra el abad; si crece, pronto buscan al abad como enemigos; como un yunque, así golpean todos al abad.

¡Oh, cabeza bienaventurada, que es roída por sus miembros! ¡Buen pastor, a quien devoran los dientes feroces de las ovejas! ¡Feliz padre, que teme las mordeduras de todos sus hijos!

Este mal de los monjes lo soporta el abad dentro, y fuera lleva las cargas de los seculares, se angustia y se entristece; porque así lo oprimen todo.

Pues, presionado por las preocupaciones, pasa la noche hablando, y a menudo anticipa el amanecer para hablar; luego pasa todo el día hablando.

Estas y otras muchas cosas soporta el prelado; los seculares lo pinchan fuera, los hermanos lo hieren dentro; aquellos persiguen su cuerpo, estos corroen sus entrañas.

Dime, prelado, te ruego, querido, ¿qué dignidad es esta? Dentro dolor, fuera trabajo; de aquí y de allá calamidad; el cuerpo, confieso, se pierde por estos males y el alma.

¿Qué abad, pregunto, puede ahora, en tiempos de hierro, llevar varas fértiles entre tantas calamidades? Ciertamente, los honores de los prelados ahora son estériles.

A estos honores, abades venerables, cédanles; ya arrojen voluntariamente el pesado e inútil peso; y de ahora en adelante vivan tranquilos y seguros.

CCXXII. Sobre todos los órdenes de todos los hombres que viven en este siglo.

Obispos, presten atención, discernan las palabras de Dios: el Señor les mandó morir por sus ovejas.

Si las buenas cosas que dicen las hacen con obras, darán buenos ejemplos a sus hijos encomendados.

Presbíteros, diáconos, que llevan los vasos del Señor, estén siempre limpios ante el Altísimo.

Quien quiera ser canónigo, sea bueno e idóneo, obedezca al obispo, como a un anciano ilustre.

Venga a maitines cuando suene la señal de la hora; dejando de lado la pereza, apresúrese a los oficios.

Los párrocos escuchen correctamente lo que claman los santos padres: que dejen las propiedades adquiridas en la Iglesia.

El maestro docto en letras dé azotes a los discípulos: para que, instruidos desde la infancia, saboreen bien la doctrina.

Los escribas escriban letras veraces con línea recta, completen las distinciones propias hasta el final.

El clérigo iletrado, dado a la altivez, despreciando los misterios, yace como una bestia estúpida.

Corre por la basílica por demasiada vanidad; si permanece en un lugar, mira con el cuello torcido; no anuncia las palabras de Dios, siempre murmura en privado; y recita parábolas vanas y vacías.

Los abades siempre vigilen, pues no dejen los estudios sagrados por la astucia del mundo.

No puede ser monje quien es vagabundo, imprudente; si vive sin regla, perecerá con muerte pésima.

Monjes devotos a Dios, guarden la ley óptimamente, viviendo con cuerpo casto, desprecien todas las cosas terrenales.

El poder está en el pueblo dado por el Señor supremo y con fe... quienes hicieron los sacramentos.

Por ningún mal mérito, ni por precio acordado, ni por alguna amistad, tuerza los verdaderos juicios.

El juez sentado en el tribunal no espere ganancia, sino que tema rectamente a Dios, y termine pronto la ley.

Testigos, por ningún soborno presuman hablar falsamente, sino que digan palabras verdaderas ante el verdadero Príncipe.

Sean veraces los notarios, manteniendo la fidelidad del ánimo: y nunca por dinero escriban falsedades en los documentos.

Los castaldiones del pueblo, y todos los vicedomini, no tuerzan la justicia, ni devoren los servicios.

Los que tienen ministerios, no se asocien con los malos, pero sirvan correctamente, para que no pierdan los buenos méritos.

Los abogados de los pleitos no defrauden con alguna artimaña; relajen los vicios del corazón, y busquen los juicios.

Ningún consejero, ni auriculario, por las prosperidades mundanas, confíe en la gloria.

El enviado prudentemente sepa narrar los mensajes, para que no diga públicamente una palabra inútil.

El nutrido y sabio, temeroso de Dios verdaderamente, es amado por el Señor, es alabado por el pueblo.

El receptor que oculta vicios, como una flauta falsa canta, riendo siembra palabras en el corazón malvado.

El hipócrita que se disimula esconde muchos vicios, muestra un rostro placentero, lleva una espada en el corazón.

Los ebrios miserables rugen como frenéticos, pierden la memoria de la mente, no conciben nada bueno.

Escuchen también, laicos, que sirven a Cristo: por ningún crimen desprecien a los pastores; perfeccionen con obras, escriban en sus corazones.

Antes de que llegue la muerte, den a Dios los diezmos: saldrán seguros de aquí, y poseerán el cielo.

Amen verdaderamente a sus esposas, corrijan a sus hijos; pero gobiernen a sus siervas, impónganles trabajo.

Quien teme a Dios sobre todo no jure por negocio: ni por concupiscencia defraude el precio de nadie.

Los duques con beneficios se reúnan entre sí, sirvan a Dios con fe.

El soldado que viaja a la batalla tenga a Dios en mente: los charlatanes siempre cuiden de no decir más de lo que oyen; complaciendo con mentiras cometen el mayor pecado; son viles ante el mundo, y están en vituperio.

El poder limpie los vicios, los robos y latrocinios; para que los demás, aterrados, teman sufrir el castigo.

Mujeres casadas, mantengan la fe con previsión; dispongan sus casas, corran al templo de Dios.

Cambien de vestimenta, viudas, vivan en castidad: huyan de los lujuriosos, para que no puedan engañarlas.

Las doncellas se guarden de toda vana gloria, para que en la juventud ardiente no caigan en adulterio.

Meretrices, conviértanse, busquen el perdón: quien siempre suele perdonar las espera cada día.

Siervos, con recto ánimo sirvan a su señor: siervas, sirvan útilmente de igual manera.

En las prosperidades no tengan alegría, en las adversidades no tengan tristeza en exceso ninguna alma fiel.

Quienes viven en el mundo, todos, sirvan al Señor, para que, justos por su diestra, reinen sobre el éter.

CCXXIII. Rítmica sobre el día de la muerte.

Me golpeas con gran terror, día último de la vida, el corazón se aflige, los riñones se disuelven, las entrañas heridas tiemblan, mientras la mente ansiosa se imagina tu apariencia.

¿Quién puede explicar aquel espectáculo temible, cuando, habiendo recorrido el curso de la vida, el alma lucha por soltarse de los lazos de la carne enferma, acercándose al final?

El sentido se pierde, la lengua se endurece, los ojos se disuelven, el pecho palpita, el cuello del hombre jadea ronco, los miembros se entumescen, los rostros palidecen, la belleza del cuerpo se va.

He aquí que confluyen las partes de diversos espíritus; de un lado las virtudes angélicas, del otro la turba de demonios; aquellos se acercan más, según invita el mérito.

Están presentes también los pensamientos, palabras, acciones, y ante los ojos del que no quiere se aglomeran todas: hacia donde se dirija, lo ve todo puesto delante.

La mordaz conciencia misma atormenta a su reo, llora que los tiempos de corregir los actos han pasado; llena de luto, carece de fruto la tardía penitencia.

Entonces la falsa dulzura de la carne se convierte en amargura, cuando un breve placer lo sigue un castigo perpetuo: ya lo que se creía grande, se ve que no fue nada.

Y la mente se eleva a la gloria de la luz suprema, desprecia el lodo de la carne, en el que se hunde, y se alegra de ser liberada del lazo carcelario.

Pero el alma, al salir, experimenta un camino duro, donde asaltan las furiosas huestes de la peste terrible, y en diversos lugares preparan sus combates.

Pues aquí los incitadores de la gula, allí los de la avaricia, en otro lugar los favorecedores de la ira, en otro los de la soberbia; la multitud de cada vicio prepara sus ejércitos.

Ya si una turba cede, pronto se levanta otra: se intenta todo arte de guerra, toda máquina de combate, para que el alma no escape así de la vergüenza de los enemigos.

¡Oh, cuán torvas son las monstruosidades de los guerreros ferales! Feos, feroces, truculentos, exhalan llamas por las narices, sus cuellos se hinchan como dragones, destilan veneno por las fauces.

Arman sus manos expertas en batallas con espirales de serpientes, con ellas atacan a los que se acercan con dardos como de hierro: con ellas, a los que atraen, los hacen esclavos de incendios eternos.

Tienden, en efecto, a no ser, pero no dejan de ser: viven para la muerte, quieren morir, pero de ningún modo pueden: quienes vivieron mal, soportan la vida como tormento.

Te ruego, Cristo, Rey invicto, socorre al miserable, en la hora extrema de la muerte, cuando haya sido llamado: que no se le dé ningún derecho al tirano impío.

Caiga el príncipe de las tinieblas, caiga la parte del Tártaro: Pastor, lleva de nuevo a la patria a la oveja ya redimida, donde, por la causa de verte, goce por los siglos. Amén.

CCXXIV. Sobre aquellos que están seguros de la venganza del rey, pero no pueden escapar de Cristo. Rítmica.

Se alegran y se regocijan todos los réprobos, que antes esperaban aterrados la llegada del rey, rugen, ceden, se hinchan, y se burlan de los miserables.

Y aquellos que deben ser llorados con fuentes de lágrimas, se elevan en la soberbia con cuernos, creyendo que la locura es fortaleza, se ríen de los sanos que lloran.

Pero, ¿de qué sirve, oh perversos, oh hijos del infierno! No evitar, sino cambiar el tribunal del juicio? Bajo un rey mortal están seguros, pero a Cristo no lo evaden.

He aquí que vendrá como un relámpago, amenazante y terrible, el ardor del sol, el resplandor de la luna se envolverán en tinieblas, las estrellas buscarán el fondo de la tierra, arrancadas del eje del cielo.

La tierra arderá por completo, los climas del cielo temblarán, los elementos se turbarán, rugirán los truenos, relámpagos ardientes brillarán, caerán rayos frecuentes.

En la furia del que viene se forma una tempestad poderosa, toda la máquina del mundo, sacudida, se estremece, una esfera de llamas ardientes sopla a través del vasto aire.

Entonces todos los impíos que lo traspasaron lo verán, sentado en un trono de fuego con aspecto terrible, ruegan a los montes, suplican a las colinas, pidiendo ser cubiertos.

Pronto se revelan a todos los ocultos pensamientos de los corazones, palabras, hechos, la mente se ve como un cuerpo sólido, y amargo en los autores dan testimonio.

Los mismos espíritus inicuos, las afrentas que sugirieron, las releen, escritas en largos tomos, enumeran los lugares, tiempos de los hechos, y los modos.

Se enfurecen todos los ejércitos de ángeles contra los malvados, se oponen los elementos, el cielo, la tierra, los inanimados, toda criatura creada se opone contraria.

He aquí que la cabeza de los inicuos, aquella feroz bestia, desnuda ante la presencia de todos, es arrastrada: se revelan las artes, los robos, los engaños, las fraudes y las maquinaciones.

CCXXV. Hasta aquí sobre la venida; de aquí sobre los castigos del infierno.

¡Oh, cuán terrible, cuán horrenda voz trueno el Juez, cuando ordena a los malditos ser sumergidos en las llamas preparadas; pronto la olla del Estigia devora a los vivos!

Los infelices se vaporan por dentro y por fuera; las llamas crepitantes chirrían, como un horno ardiente: por la boca, las narices, y los mismos ojos fluyen.

La muerte inmortal mata, pero no destruye por completo: el fuego quema, no consume, ni recibe defecto: la vida muere, la muerte vive; el fin siempre comienza.

Las siete plagas revividas renuevan los suplicios, humo, hedor, frío, ardor, hambre, sed ardiente, los gusanos nunca se sacian, que corroen las entrañas.

Allí hay dolor, tormento, llanto, crujir de dientes, están los rugidos de los leones, los silbidos de las serpientes: mezclados con ellos se confunden los aullidos de los que lloran.

Los dragones de manto abren sus anchas gargantas, cuyos ojos lanzan flechas ardientes; las colas revelan pinzas de escorpiones, las plantas víboras.

Tienden a no ser, pero no dejan de ser: viven para la muerte, quieren morir, pero de ningún modo pueden: quienes vivieron mal, soportan la vida como tormento.

Estas cosas, locos, temiendo, pongan ante sus ojos, estas cosas, con estudio sutil, revuelvan, y con los lazos de los hábitos perversos liberen el cuello de la mente.

Pues está dispuesto a conceder perdón a los convertidos, quien aún oprime a los perversos con la sentencia de venganza. Salud, honor al piadoso Rey por los siglos eternos. Amén.

CCXXVI. Sobre la gloria del paraíso. Rítmica.

Al manantial de la vida eterna mi mente sedienta anhela, la prisión de la carne desea romper, el alma encerrada busca: ansía, ambiciona, lucha el exiliado por disfrutar de la patria.

Mientras se lamenta de estar sujeta a presiones y aflicciones, contempla la gloria que perdió cuando pecó. El mal presente aumenta el recuerdo del bien perdido.

Pues, ¿quién puede expresar cuánta es la alegría de la paz suprema, donde los edificios se levantan con perlas vivas, los techos altos brillan con oro, resplandecen los comedores?

Esta estructura se teje con gemas preciosas, la vía de la ciudad se pavimenta con oro puro como vidrio: no hay lodo, falta estiércol, no se ve ninguna plaga.

El invierno horrendo, el verano abrasador nunca allí se enfurecen: la flor púrpura de las rosas perpetuamente florece: los lirios resplandecen, el azafrán enrojece, el bálsamo suda.

Los prados verdes, los sembrados florecen, los ríos de miel fluyen, el olor de los pigmentos exhala, el licor de los aromas, cuelgan las frutas de los bosques floridos que no caen.

La luna no alterna sus fases, el sol, ni el curso de las estrellas: el Cordero es la luz inextinguible de la Ciudad feliz; le faltan la noche y el tiempo, lleva un día continuo.

Pues también todos los santos, como un sol brillante, resplandecen. Después del triunfo, coronados, se regocijan mutuamente, y postrados cuentan ya seguros las batallas del enemigo.

Purificados de toda mancha, no conocen las guerras de la carne, la carne hecha espiritual y la mente sienten lo mismo: disfrutando de mucha paz, no soportan escándalos.

Despojados de lo mutable, repiten el origen, y contemplan la presente apariencia de la verdad, de allí beben la dulzura del manantial vital.

De allí toman el estado siempre igual de existir, claros, vivos, alegres, no están expuestos a casos: faltan enfermedades, siempre sanos, la vejez a los jóvenes.

De aquí tienen el ser eterno, pues el pasar ha pasado: de allí florecen, vigorizan, florecen, la corrupción ha caído, el vigor de la inmortalidad ha absorbido el derecho de la muerte.

Quienes saben todo lo que sabe, quienes no pueden ignorar; pues también penetran los secretos del pecho uno al otro: quieren lo mismo, no quieren lo mismo, hay unidad de mentes.

Aunque a cada uno le sea diverso el mérito por el trabajo, esta caridad hace suyo lo que ama en el otro: así lo propio de cada uno se hace común a todos.

Donde está el cuerpo, allí se congregan las águilas, donde con los ángeles y los santos se recrean las almas: con un solo pan viven los ciudadanos de ambas patrias.

Ávidos, y siempre llenos, desean lo que tienen: la saciedad no fastidia, ni el hambre atormenta: siempre comiendo, desean, y deseando, comen.

Nuevas armonías siempre la voz melódica resuena, y, pronunciada en júbilo, los órganos deleitan los oídos; dignos, por quien son vencedores, al Rey dan alabanzas.

Feliz el alma del cielo que ve al Rey presente, y bajo el alto trono contempla la máquina del orbe girar, el sol, la luna, y los globos con los planetas y estrellas.

Cristo, palma de los guerreros, a esta ciudad introdúceme después de despojarme del cinturón militar: hazme partícipe del don de los ciudadanos bienaventurados.

Provee fuerzas inagotables al que lucha en la batalla: para que después de la lucha debas dar descanso al merecido: y merezca poseerte a ti sin fin como premio. Amén.

CCXXVII. Rítmica sobre la muerte de Guido.

Han oído que algo recientemente ha sucedido rápidamente, que Guido, el ilustrísimo, ha pagado la deuda de la muerte.

Rodeado por las insidias de su propio soldado, mientras el enemigo lo tenía capturado, cayó abatido por la cabeza.

Mientras comenzó a caer del caballo, herido por una segunda herida, para que dos heridas purguen los vicios de la mente y de la carne.

Para que no fuera entregado a los demonios para ser torturado por más tiempo, se le da a las manos de los suyos, para que muera más rápido.

Cristo, que ya no juzgas, ni condenas para siempre, sea remedio para Guido el suplicio que aquí sufrió.

Que le aproveche, piadosísimo, que se esforzó por visitar los lugares santísimos dignos de tu presencia.

¿Qué es ver tu pesebre, sino creer que naciste allí de la Virgen, verdadera luz de la luz?

¿Qué es ver tu glorioso sepulcro, Señor, sino creer verdaderamente que resucitaste de allí?

Mientras se sube al monte de los Olivos, se cree que ascendiste al cielo: perdona a Guido, Señor, cuando regreses como juez.

Él una y otra vez buscó tu tumba, deliberaba por tercera vez con el término concedido.

Esto tenía en afecto, si en efecto no pudo, recompénsalo con igual don, generoso dador de gracia.

El lugar de la bienaventurada Virgen, clarísimo en todo el orbe, frecuentemente lo visitó suplicante, lo honró como pudo.

Buscando a menudo los grandes sufragios de los apóstoles, espero que más de veinte veces vino a Roma y cinco veces.

A quienes pidió ayuda, los constituyó abogados, y mientras vivió, se confió a ellos y a su fuerza.

Alguien dice de él que fue demasiado frágil; y yo digo que mucho Dios es propicio.

No puedo decir nada siniestro de nadie, he escrito sus caminos, que están en la parte derecha.

Si a alguien le agrada leer, y quiere discernir justamente, no miran al tártaro, sino a las alegrías de los santos.

Quien quiera conocer plenamente la noticia de tan gran mal, primero debe conocer la maldad de Aubertina.

Este trató de perder a dos al mismo tiempo, los mayores que tenía, falsamente, como se demostró verdaderamente.

Uno, que no sobrevivió, cuando lo oyó, se dolió de que su compañero, cercano por naturaleza, hubiera caído.

El perpetrador de tan gran crimen, bajo la sombra de un falso soldado, les prometió alguna vez con manos y perjurio.

Para que les guardara la fe adecuada, si también la paz continua les guardara en todo tiempo, mientras viviera en el cuerpo.

Si estos pactos son firmes, Dios, que conoce todas las cosas, él lo sabe, él juzga, como le place, que lo vengue.

Y mi lengua exultará en tu justicia, Dios.